
AMOR CON
Alarma
DE INCENDIOS
FIGHTING FARE
RESCUE
MARIA ESTHER GARCÍA QUINTERO
Círculo Rojo
EDITORIAL

Amor
con alarma de incendios

MARIA ESTHER GARCÍA QUINTERO

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: julio 2025

ISBN: 979-13-7016-814-8

© Del texto: Maria Esther García Quintero
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

Una historia de encuentros,
tropiezos y un destino que se niega a apagarse

Dedicatoria

A mi Tita Reme, mi segunda mami.

La vida nos unió desde que nací , y aunque el destino nos separó por un tiempo, más tarde volvimos a encontrarnos. Cuando regresé, estuve varios años a tu lado, y fuimos uña y carne, inseparables junto con mi prima. Compartimos mañanas, tardes, confidencias, risas, muchas torpezas… y un amor tan grande que aún me abraza por dentro. Luego la vida volvió a alejarme físicamente de ti, pero jamás de tu esencia. Porque sigues en mí. Porque fuiste mi refugio, mi alegría, mi mayor apoyo cuando más lo necesité. Porque reír contigo era tan fácil como tropezar con cualquier esquina.

A mi madre, que con su torpeza adorable, su ternura infinita y su risa que todo lo cura, ha sido y será siempre un pilar en mi vida. Gracias por tanto, mami. Por todo lo que me das y por estar incluso cuando no digo nada.

A mi prima, que lleva la luz y la fuerza de su madre tatuadas en el alma. Esa sonrisa que a veces se le escapa sin darse cuenta… también es de ella.

A mi primo y a mi tío, porque aunque muchas veces se espera que los hombres sean los fuertes, sé que el dolor también se les ha metido muy dentro. Porque la echan de menos y la echarán toda la vida. Y porque esta historia también lleva un trocito de ellos, escrita con todo mi cariño y todo mi amor.

Y a mis compañeras y amigas de trabajo, las cómplices de esta locura creativa, que entre risas, pollos y sueños, me impulsaron a imaginar, inventar y escribir esta historia. Gracias por ser chispa, por ser apoyo y por no dejarme rendirme.

Capítulo 1 -
El principio de todo

Siempre he creído que hay personas que aparecen en tu vida como un chispazo, una pequeña chispa que no sabes si se extinguirá o se convertirá en un incendio imparable.

Así comenzó todo con él.

Alberto era el bombero que venía cada semana al asador donde yo trabajaba. Siempre con su aire tranquilo, su uniforme impecable y esa mirada azul que no tenía derecho a ser tan hipnotizante. Yo, por otro lado, era un desastre cuando él aparecía. Si se me caía el bolígrafo, el datáfono o mi propia dignidad, dependía del día.

Lo peor es que no podía evitarlo. Cada vez que lo veía entrar por la puerta, sentía el corazón acelerarse como si fuera a saltar una alarma de incendio dentro de mí.

El sonido del datáfono chocando dentro de la vitrina donde ponemos las comidas frías resonó en todo el asador.

Yo cerré los ojos, suspirando en mi interior. Otra vez no□

—¿Estás bien? —preguntó una voz grave y tranquila.

Levanté la vista, encontrándome con esos ojos azules que parecían estudiarme con una mezcla de diversión y paciencia.

Era él. Alberto. El bombero que venía cada dos o tres semanas a comprar su comida, el hombre que lograba que mi cerebro entrara en cortocircuito con solo cruzar la puerta.

—S-sí, solo□ se me resbaló.

Él sonrió de lado, apoyando los brazos en el mostrador.

—Es la tercera vez que veo en este mes que tiras algo. Estoy empezando a pensar que lo haces a propósito.

Tragué saliva y solté una risa nerviosa, recogiendo el datáfono con manos temblorosas.

—Sí, claro□ tengo un plan secreto para llamar tu atención tirando cosas al suelo.

—Si ese fuera el caso, debo decir que funciona —bromeó.

Mi cara ardió.

Alberto tenía algo□ algo que lo hacía diferente. No era solo su aspecto, aunque su mirada azul y su expresión relajada tenían un efecto preocupante en mi sistema nervioso. Era la forma en la que hablaba, con ese tono tranquilo pero con un humor afilado, como si disfrutara viendo mis intentos por mantener la compostura.

Y lo peor era que yo no era precisamente discreta.

A lo largo de los meses, había derramado salsa, dejado caer la libreta, tartamudeado palabras sin sentido y, en una ocasión, casi me tropiezo con la misma puerta al verlo entrar.

Yo solo esperaba que no se diera cuenta… en fin… creo que cosa imposible.

Pero lo que más me desconcertaba era que nunca parecía molesto por mis despistes. Al contrario, cada vez que sucedía algo, se limitaba a mirarme con una sonrisa traviesa, como si estuviera esperando el siguiente desastre.

Y eso solo lo hacía peor.

Capítulo 2 -
Un número guardado en secreto

Pasaron meses en los que nuestra relación se limitaba a esos encuentros en el asador. Un juego de miradas, algunas bromas, y yo intentando no meter la pata. Hasta que un día, por razones que aún no entiendo, decidí que quería saber más de él.

Fue así como terminé consiguiendo su número. ¿Cómo? Mejor no entro en detalles, pero digamos que involucró una pequeña trampa telefónica de la que no me siento muy orgullosa.

El problema no era solo que me ponía nerviosa cuando lo veía.

El problema era que, cuando no lo veía, también pensaba en él.

Y eso me llevó a hacer algo que no estaba del todo bien□

El problema vino después. ¿Qué se supone que debía escribirle? No podía simplemente decir: Hola, soy la chica que siempre tropieza cuando te ve.

Le mandé un mensaje casual, fingiendo que había sido un error.

«Hola, creo que tenía tu número guardado, pero no sé de dónde. ¿Quién eres?»

Tardó en contestar.

Cada minuto se sintió como una eternidad.

Cuando finalmente vi la notificación, mi estómago dio un vuelco.

«Hola, soy Alberto. No te preocupes, me saltó tu número en Telegram y vi tu foto. Así que□ creo que ya sé quién eres.»

Sentí que me derretía en el suelo.

Me había descubierto.

Mi primer instinto fue bloquearlo y fingir que esto nunca había sucedido.

Pero en lugar de eso, respiré hondo y respondí:

«Ah, qué cosas□ Bueno, misterio resuelto.»

Su respuesta llegó rápido.

«Así es. Aunque admito que me intriga cómo tenías mi número.»

Mierda.

Pensé en responder con algo ingenioso, pero mi cerebro solo producía pánico.

Al final, me limité a escribir:

«Quién sabe□ los caminos del destino son misteriosos.»

Por suerte, pareció aceptar mi respuesta sin más preguntas.

Capítulo 3 -
Una conversación que no se apaga

Al principio, nuestros mensajes eran esporádicos.

Un simple «Buenos días» de vez en cuando, alguna broma ligera, un comentario casual sobre su trabajo o el mío.

Pero con el tiempo, las conversaciones se hicieron más largas.

Descubrí que a Alberto le gustaban los viajes, que tenía un sentido del humor más irónico de lo que aparentaba, y que, a pesar de su imagen de tipo serio y tranquilo, en realidad le gustaba hablar cuando se sentía cómodo.

También descubrí que no era de los que insistían en quedar.

Algunas veces yo mencionaba cosas como «A ver si un día tomamos un café» o «Cuando coincidamos, ya me cuentas más sobre eso».

Pero nunca concretaba.

Y yo, por orgullo y miedo al rechazo, tampoco lo hacía.

Así que nuestra relación quedó suspendida en un limbo extraño.

No éramos desconocidos, pero tampoco amigos.

No éramos nada, pero al mismo tiempo, había algo.

Ese algo que me hacía esperar cada mensaje suyo con el corazón latiendo más rápido.

Ese algo que me hacía revisar el móvil a ver si me había escrito.

Ese algo que, aunque intentara ignorarlo, ya se había instalado dentro de mí.

Capítulo 4 -
Un café que nunca llegó

Un día, en medio de una de nuestras conversaciones, me contó que estaba preparando un examen práctico importante en su trabajo.

—Si apruebas, te invito a un café —le escribí, sin pensarlo demasiado.

—Hecho —respondió él.

Los días pasaron y, finalmente, recibí un mensaje suyo.

«Aprobado.»

Sonreí al leerlo.

«Enhorabuena. Entonces, ¿cuándo me invitas a ese café?»

Cuando tenga un hueco te invito a ese café.

Pasaron días.

Nunca se produjo esa invitación.

La conversación siguió, como si nunca hubiera existido esa promesa de café.

No insistí.

Pero tampoco pude evitar sentir algo extraño en el pecho.

Capítulo 5 -
Entre libros y entrenamientos

La última vez que vi a Alberto en el asador, su expresión era diferente.

No tenía esa media sonrisa juguetona que solía lanzarme cuando entraba por la puerta. No había ninguna de sus bromas ni esos comentarios con dobles sentidos que me hacían dudar de si hablaba en serio o no.

En su lugar, parecía□ agotado.

—¿Lo de siempre? —pregunté, como siempre.

—Sí, gracias.

Se apoyó en el mostrador y suspiró.

—¿Estás bien? —pregunté con curiosidad.

—Estoy hasta arriba con los estudios. No tengo vida.

Eso me sorprendió. Sabía que estaba preparándose para un examen importante, pero hasta ese momento, no me había dado cuenta de lo exigente que debía ser.

—Vaya□ pues ánimo —dije, con un intento de sonrisa.

—Sí, gracias□ —respondió, pero su tono sonaba realmente cansado.

Hubo un pequeño silencio.

Y entonces, sin pensar demasiado, solté:

—Me debes unos cuantos cafés.

Levantó la vista, como si la idea lo hubiera tomado por sorpresa.

—Es verdad… —dijo con un tono de reconocimiento.

Me crucé de brazos, esperando que dijera algo más, que tal vez fijara una fecha, que dijera: «Cuando termine esto, lo arreglamos.»

Pero en su lugar, suspiró otra vez y se pasó una mano por la cara.

—Es que no tengo tiempo para nada, entre estudios y entrenamiento□ hasta que me examine en verano, voy a estar así.

Algo en su tono me hizo darme cuenta de que lo decía en serio. No era una excusa, no era evasión. De verdad estaba agobiado.

Y de alguna manera, eso lo hacía más complicado.

Porque si me hubiera dado una excusa vaga, algo genérico, habría sido más fácil asumir que simplemente no le interesaba.

Pero esto era diferente.

Alberto no me estaba rechazando.

Alberto estaba atrapado en un ritmo de vida que apenas le dejaba respirar.

Y yo, por mucho que quisiera insistir, sabía que no era el momento.

Así que simplemente sonreí, le entregué su pedido y le dije:

—Bueno, cuando sobrevivas a todo eso, me avisas.

Él asintió con una media sonrisa, recogió la bolsa y se despidió.

Y yo me quedé ahí, viendo cómo se iba.

Preguntándome si realmente algún día llegaría ese café.

Capítulo 6 -
La pausa obligada

Desde ese día, algo cambió en mi forma de ver la situación.

Dejé de revisar el móvil esperando que él tomara la iniciativa.

Dejé de analizar cada mensaje suyo buscando señales ocultas.

Dejé de imaginar escenarios en los que, de repente, aparecía con un café en la mano y decía: «Aquí está la deuda».

Porque ahora entendía que, simplemente, no podía.

No era cuestión de querer o no. Era cuestión de tiempo.

Y cuando lo comprendí, sentí algo parecido a la resignación□ pero también alivio.

Porque al menos ahora tenía una respuesta clara.

Pero, como siempre, con Alberto nada era tan simple.

Porque, aunque yo había decidido tomarme las cosas con calma, él seguía enviándome mensajes de vez en cuando.

A veces solo un «Buenos días» con una broma ligera.

A veces un comentario sobre el gimnasio o sobre algún viaje que tenía planeado en el futuro.

Y otras veces, simplemente, mensajes sin motivo aparente.

Pequeñas cosas.

Suficientes para recordarme que, aunque estuviera ocupado, de alguna manera, aún estaba ahí.

Y eso me hacía preguntarme:

¿Qué pasará cuando llegue el verano?

Capítulo 7 -
Y si hubiera dicho que sí□

Aquí es donde la historia cambia.

Aquí es donde dejo de escribir lo que realmente está pasando□

Y empiezo a imaginar lo que pudo haber sido.

¿Qué habría pasado si Alberto hubiera tenido tiempo?

¿Qué habría pasado si los estudios no hubieran sido un obstáculo?

¿Qué habría pasado si, en lugar de posponerlo, hubiera dicho: «Saco un rato y vamos a por ese café»?

Desde aquí, todo es ficción.

Pero a veces, la ficción es la única manera de darle el final que queremos a una historia que, en la vida real, todavía no tiene desenlace.

Capítulo 8 -
El café que nunca debió esperar tanto

«¿Y si lo tomamos ahora?»

Eso fue lo que me dijo en este universo alternativo.

En lugar de decirme que estaba demasiado ocupado, en lugar de aplazarlo hasta verano, en lugar de dejarlo en el aire…

Dijo que sí.

Y con esa simple respuesta, todo cambió.

Me encontré sentada frente a él en una cafetería acogedora, sintiendo que todo esto era demasiado irreal. Después de meses de indirectas, mensajes intermitentes y cafés pospuestos, finalmente estábamos aquí.

Alberto parecía relajado, pero yo no podía decir lo mismo.

Jugueteaba con la cucharilla del café, intentando no parecer demasiado nerviosa, mientras él me observaba con una ligera sonrisa.

—¿Tienes la costumbre de acumular cafés con la gente o solo conmigo? —preguntó, con ese tono desenfadado suyo.

Sonreí.

—Solo contigo.

—Me siento especial.

—Deberías —respondí, en un intento de sonar segura, aunque mi corazón latía demasiado rápido.

Hubo un breve silencio. Uno de esos silencios que no eran incómodos, pero que hacían que todo se sintiera más□ real.

—¿Y bien? —dijo finalmente, apoyando los codos en la mesa—. ¿Valió la pena la espera?

Lo miré y fingí pensarlo.

—Mmm□ aún no lo sé. Depende de la conversación.

Alberto rió, relajándose más en su asiento.

—Vaya, qué presión.

—La vida está llena de desafíos —bromeé.

Y así, poco a poco, el nerviosismo inicial comenzó a disiparse.

Capítulo 9 -
Un juego de miradas y palabras

El café se alargó más de lo esperado.

Lo que empezó como una conversación ligera se convirtió en un intercambio de historias, anécdotas y bromas que hacían que el tiempo pasara volando.

Descubrí que a Alberto le gustaban los viajes, pero no los planificados al detalle, sino los que surgían de la nada.

—Si tienes todo organizado, no hay margen para la sorpresa —dijo.

—Sí, bueno, pero si improvisas demasiado, puede que termines durmiendo en un coche en mitad de la nada.

—¿Hablas por experiencia?

Hice una mueca.

—Tal vez.

Él soltó una carcajada.

También descubrí que, aunque parecía serio a primera vista, tenía un sentido del humor afilado.

—No sé por qué te ponías tan nerviosa cuando me veías en el asador —comentó en algún momento, con una sonrisa divertida.

Casi se me atraganta el café.

—¿Q-qué?

—Vamos, Esther. No soy ciego. Se te caía el bolígrafo, el datáfono, y una vez casi tropiezas con la misma puerta.

Me tapé la cara con las manos, sintiendo que la vergüenza me quemaba.

—Genial. Así que lo notaste.

—Por supuesto que lo noté.

Me aventuré a mirarlo entre los dedos, y él seguía sonriendo.

—Y lo peor es que me parecía adorable.

Mi corazón se detuvo.

Adorable.

Esa palabra se quedó flotando en el aire.

Y en ese momento, lo supe.
Algo entre nosotros había cambiado.

Capítulo 10 -
Un mensaje inesperado

Después de aquel café, algo quedó en el aire.

Nos despedimos con naturalidad, con la típica frase de «A ver si repetimos», pero por primera vez, sentí que no era solo una frase vacía.

Esa noche, al llegar a casa, miré mi móvil, preguntándome si me escribiría.

No esperaba nada. Pero, aun así□ esperaba algo.

Y entonces, la pantalla se iluminó.

«Me ha gustado el café. Aunque ahora estoy pensando en qué otro sitio podríamos probar.»

Me mordí el labio, sonriendo.

«¿Planeando ya el siguiente?»

«Tal vez. O quizás solo quiero asegurarme de que no te tropezarás en otro sitio.»

Rodé los ojos, pero mi sonrisa no desapareció.

«Lo consideraré. Pero te advierto que soy un caso perdido.»

Su respuesta llegó rápida.

«No me importa.»

Mi corazón dio un brinco.

No me importaba cuántas veces hubiera dicho que no debía hacerme ilusiones.

Ese mensaje fue suficiente para hacerme pensar que, tal vez… tal vez… esto apenas estaba comenzando.

Capítulo 11 -
Café, gimnasio y una apuesta inesperada

Después de aquel café, nuestras conversaciones cambiaron.

Antes eran mensajes esporádicos, un «buenos días» ocasional o alguna broma suelta. Pero ahora□ ahora eran diarios.

Siempre había algo. Una pregunta, un comentario, una excusa para seguir hablando.

Y yo, que siempre había sido experta en analizar cada detalle, no podía evitar preguntarme si esto significaba algo más.

Hasta que un día, me llegó un mensaje que me dejó sin palabras.

«¿Alguna vez has pensado en ir al gimnasio?»

Fruncí el ceño, ofendida.

«¿Me estás llamando floja?»

«No. Solo curiosidad.»

«Ajá. ¿Y qué pasa si te digo que mi única actividad física es tropezarme regularmente?»

Su respuesta fue inmediata.

«Entonces tenemos que hacer algo al respecto.»

«¿Ah, sí? ¿Y qué propones?»

«Te reto a entrenar conmigo un día. Si sobrevives, te invito a otro café.»

Me reí en voz alta.

«¿Y si no sobrevivo?»

«Pues tendré que buscar otra persona a la que invitar.»

Rodé los ojos.

«Muy bien, bombero. Acepto tu desafío.»

Lo que no sabía era que mi vida estaba a punto de cambiar después de ese reto.

Capítulo 12 -
La peor idea de mi vida

El día del entrenamiento llegó, y desde el primer minuto supe que había cometido un error.

Alberto no solo estaba en forma. Estaba ridículamente en forma.

Mientras él hacía flexiones con la facilidad de quien respira, yo apenas podía sostener mi propio peso sin parecer un espagueti flojo.

—Vamos, Esther. Solo un poco más.

—¿«Solo un poco más»? —jadeé, intentando mantenerme en una sentadilla sin que me temblaran las piernas—. ¿Tienes idea de lo que me estás pidiendo?

Él cruzó los brazos y sonrió.

—Solo son veinte más.

—Que sean veinte menos.

—Venga, que yo sé que puedes.

Fruncí el ceño y respiré hondo.

Si algo tenía claro era que no iba a dejar que él pensara que me rendía fácilmente.

Así que apreté los dientes y continué.

Cinco sentadillas después, sentí que mi alma abandonaba mi cuerpo.

Pero lo peor vino cuando, después de todo, intenté levantarme y mis piernas dijeron: «No, cariño. Hasta aquí hemos llegado».

Y sí.

Me tropecé.

Alberto, con su rapidez de bombero, intentó atraparme, pero lo único que logró fue que termináramos en el suelo□ con él encima de mí.

Silencio.

Nuestros rostros estaban demasiado cerca.

Sus ojos azules me miraban con algo que no supe identificar.

Y mi corazón, que de por sí ya iba acelerado, decidió que este era un buen momento para volverse loco.

—Vaya —murmuró él, con una media sonrisa—. No pensé que el entrenamiento terminaría así.

—Cállate.

Se rio, pero no se movió de inmediato.

Y yo… tampoco.

Porque, por primera vez, sentí que tal vez no era la única que estaba sintiendo algo más.

Capítulo 13 -
¿Amigos o algo más?

Después del gimnasio, la dinámica entre nosotros cambió otra vez.

Ya no se trataba solo de mensajes o cafés pendientes.

Ahora había llamadas.

Ahora había conversaciones que se alargaban hasta la madrugada, hablando de todo y de nada.

Ahora había una tensión en el aire, algo no dicho pero imposible de ignorar.

Pero nadie daba el primer paso.

Hasta que, un día, en medio de una charla sobre viajes, solté sin pensar:

—Siempre he querido ir a un sitio con castillos y calles empedradas. Algo medieval.

—Eso es fácil —respondió él—. Hay un sitio así a pocas horas de aquí.

—¿Sí?

—Sí. Deberíamos ir.

Silencio.

Mi cerebro tardó un segundo en procesar esas palabras.

—¿Nosotros?

—Claro.

—¿De viaje?

—Sí.

Me quedé en shock.

¿Era esto una cita? ¿Un viaje de amigos? ¿Un test de resistencia para ver si sobrevivíamos juntos sin matarnos?

Fuera lo que fuera, no iba a desaprovecharlo.

—Vale —dije, intentando sonar casual—. Vamos.

Y así, sin haberlo planeado realmente, teníamos nuestro primer viaje juntos.

Capítulo 14 -
Un viaje, una prueba

No sé en qué momento pensé que viajar con Alberto era una idea cuerda.

Quizás cuando lo mencionó en tono casual, como si fuera un plan sin importancia.

Quizás cuando acepté sin pensarlo demasiado, intentando no parecer demasiado emocionada.

O quizás cuando, ya en la carretera, me di cuenta de que pasaría días enteros con él, a solas, en un sitio donde no había escapatoria si mi cerebro decidía traicionarme con mi torpeza habitual.

Pero ya no había vuelta atrás.

—¿Preparada para ver castillos? —preguntó él, ajustando el espejo retrovisor mientras sonreía.

—Totalmente —respondí, fingiendo seguridad.

Pero la verdad era que no tenía ni idea de cómo iba a sobrevivir a esto sin que se me notara que estaba loca por él.

Capítulo 15 -
Señales confusas

El pueblo medieval era incluso más bonito de lo que imaginaba.

Calles de piedra, casitas con balcones llenos de flores, un castillo que se alzaba sobre la colina. Era como estar dentro de un cuento.

Y, por supuesto, yo no tardé ni media hora en tropezarme.

—¡Cuidado! —exclamó Alberto, sujetándome antes de que besara el suelo.

Su mano se cerró alrededor de mi muñeca, con fuerza, pero sin hacerme daño.

Por un instante, nuestros ojos se encontraron.

Él no me soltó de inmediato.

Yo tampoco me moví.

Hasta que finalmente, carraspeó y apartó la mano con una media sonrisa.

—Eres un peligro público —bromeó.

—No exageres.

—Te he salvado la vida al menos tres veces.

—Dos.

—Tres.

Me cruzó una mirada de «lo sabes».

Y tuve que admitir, en mi cabeza, que tenía razón.

Pero lo que más me desconcertaba no era la discusión sobre mis accidentes de torpeza.

Era la forma en la que me había mirado.

Como si, por un segundo, hubiera querido hacer algo más que sujetarme para evitar la caída.

Pero no lo hizo.

Y yo, por supuesto, no iba a ser la primera en hablar de eso.

Capítulo 16 -
Dudas y un «¿por qué?»

A lo largo del viaje, noté pequeños gestos de Alberto que me hacían preguntarme si él también sentía algo.

Cosas como:

→ Mirarme cuando pensaba que yo no me daba cuenta.

→ Reírse de mis bromas, incluso de las malas.

→ Ponerse en modo protector cada vez que había una escalera, una calle empinada o cualquier superficie peligrosa para mi torpeza.

→ Decir mi nombre de una forma que hacía que mi estómago se retorciera.

Pero él nunca decía nada.

Hasta que, una noche, en la terraza del hotel donde nos quedábamos, sentados con un par de cervezas, dijo algo que me tomó por sorpresa.

—¿Por qué aceptaste venir?

Parpadeé.

—¿Cómo?

Alberto giró la botella entre sus manos, sin mirarme.

—Digo□ Podrías haber dicho que no. Un viaje con alguien como yo, que apenas tiene tiempo, que está siempre de aquí para allá□ —hizo una pausa—. No sé, no tenía sentido.

No entendí a dónde quería llegar.

—Me gusta viajar —respondí, encogiéndome de hombros.

—Ya, pero□ —Se quedó en silencio un momento, y luego soltó una risa corta—. Olvídalo.

Y ahí lo supe.

Estaba intentando entender algo.

Quizás incluso estaba intentando entenderse a sí mismo.

Pero no insistí.

Porque si lo hacía, si le hacía la pregunta directa□

Tal vez no estaba lista para la respuesta.

Capítulo 17 -
Lo que no se dice

A medida que avanzaba el viaje, la tensión entre nosotros crecía.

Era sutil, casi imperceptible. Pero estaba ahí.

Como cuando caminábamos demasiado cerca el uno del otro.

Como cuando nuestras miradas se cruzaban y él desviaba la suya un segundo después.

Como cuando decía mi nombre con un tono más bajo de lo normal.

Pero seguía sin dar el primer paso.

Y yo□ bueno, yo tenía que fingir que todo estaba perfectamente bajo control.

—Voy a comprar algo de beber —dije en una de nuestras caminatas por el pueblo.

—Voy contigo.

—Puedo ir sola, no voy a perderme.

—Sí, pero seguro que te tropiezas.

—Exagerado.

—Realista.

Rodé los ojos, pero sonreí.

Y en ese momento, él también sonrió.

Y fue ese segundo, ese bendito segundo, el que casi me delata.

Porque lo miré demasiado tiempo.

Porque mi expresión se suavizó demasiado.

Porque sentí que mis barreras se desmoronaban un poco.

Pero, por suerte, logré reaccionar a tiempo.

Me giré rápido y caminé hacia la tienda, dejando que el aire fresco me ayudara a recomponerme.

Porque, aunque quisiera, aunque deseara saber qué pasaba por su cabeza□

No podía dejar que supiera lo que pasaba por la mía.

Capítulo 18 -
Un abrazo que no debió durar tanto

El viaje continuó con esa tensión flotando en el aire.

Por fuera, todo parecía normal.

Por dentro… era otra historia.

Cada vez que Alberto me miraba de reojo, me preguntaba en qué estaba pensando.

Cada vez que me tocaba sin querer, sentía una descarga eléctrica recorriéndome.

Cada vez que reía conmigo, me preguntaba si alguna vez se daría cuenta de lo que me hacía sentir.

Pero yo, por supuesto, me mantenía firme en mi papel.

Tranquila. Divertida. Sin dar señales de que estaba loca por él.

Hasta que una noche, ese autocontrol se puso a prueba.

Nos habíamos quedado en la terraza del hotel, disfrutando de la vista nocturna del pueblo. La brisa era fresca, pero yo, como siempre, había subestimado el clima y no llevaba chaqueta.

—¿Tienes frío? —preguntó Alberto, observándome.

—No, estoy bien.

Mentira. Estaba helada.

Pero antes de que pudiera decir otra palabra, él se quitó su chaqueta y, sin previo aviso, la puso sobre mis hombros.

Mi respiración se trabó.

—No hace falta…

—Cállate y póntela —respondió con naturalidad, como si no fuera gran cosa.

El problema es que para mí sí lo era.

Porque la tela olía a él. Porque su gesto fue tan instintivo, tan automático, que parecía que le salía natural cuidarme.

Porque, aunque intentara restarle importancia, el hecho de que él estuviera dispuesto a darme su chaqueta sin pensarlo□ decía mucho más de lo que él mismo quería admitir.

Y eso, definitivamente, no me ayudaba a fingir que todo estaba bajo control.

Capítulo 19 -
¿Por qué me miras así?

Al día siguiente, seguimos explorando el pueblo.

Todo iba bien, todo estaba normal…

Hasta que nos encontramos con una pareja que, sin querer, nos dio una pequeña dosis de realidad.

Era una pareja de turistas. Nos pidieron ayuda con una foto y, después de tomarla, nos sonrieron con complicidad.

—Se ven bien juntos —dijo la mujer.

Mi cerebro entró en pánico absoluto.

Antes de que pudiera reaccionar, Alberto soltó una risa corta y dijo:

—Ah, no, no somos…

—No, solo amigos —interrumpí rápidamente.

La mujer nos miró con una sonrisa enigmática.

—Claro, claro. Amigos.

Nos despedimos y seguimos caminando.

Pero algo cambió.

Había un silencio raro entre nosotros. No incómodo, pero sí□ distinto.

Hasta que finalmente, me atreví a romperlo.

—¿Por qué me miras así?

Alberto se giró hacia mí.

—¿Cómo?

—No sé. Me estás viendo raro.

Él desvió la mirada y se encogió de hombros.

—Es que□ ¿te has dado cuenta de que nadie cree que somos solo amigos?

Me reí, intentando quitarle importancia.

—Bueno, culpa tuya. No deberías ser tan guapo.

No me di cuenta de lo que había dicho hasta que ya era demasiado tarde.

Silencio.

Largo.

Peligroso.

Y entonces, Alberto me miró con una mezcla de sorpresa y diversión.

—¿Eso ha sido un cumplido?

Mi cara se prendió fuego.

—Cállate.

—No, no, espera□ —Su sonrisa se ensanchó—. ¿Me acabas de decir guapo?

—He dicho que la gente te encuentra guapo —intenté corregir.

—No, no, no□ Has dicho que no debería ser tan guapo.

—Lo dijiste tú, no yo.

—Ajá.

—Déjalo.

Pero él no lo dejó.

Porque, desde ese momento, cada vez que nuestras miradas se cruzaban, su expresión tenía algo diferente.

Algo que me hacía sentir que, quizás, por fin se estaba dando cuenta de algo.

Capítulo 20 -
Alberto está confundido y yo en crisis

El problema no era solo que yo estuviera sintiendo cosas por él.

El problema era que, ahora, él también parecía estar sintiendo cosas.

O al menos, parecía estar cuestionándoselo.

Empezó a hacer cosas raras.

→ Se quedaba en silencio más de lo normal cuando estábamos juntos.

→ A veces, cuando creía que yo no lo notaba, me miraba con una intensidad que me dejaba sin aire.

→ Y, lo más grave de todo… empezó a actuar más cercano.

No era obvio. No era descarado.

Pero estaba ahí.

Como cuando, en una de nuestras caminatas, puso una mano en mi espalda de manera instintiva para guiarme entre la gente.

O cuando me habló más bajito de lo normal en medio de una conversación cualquiera, como si lo que dijera solo fuera para mí.

O cuando, una noche, mientras volvíamos al hotel, nuestros brazos se rozaron varias veces y él no se apartó.

Yo tampoco.

Pero, como siempre, nadie hablaba de ello.

Hasta que una noche, en la habitación, en medio de una conversación tonta sobre qué serie era mejor, se quedó callado de repente.

Lo miré.

—¿Qué pasa?

—Nada.

Pero su mirada decía otra cosa.

Se mordió el labio y apartó la vista, como si estuviera peleando con un pensamiento en su cabeza.

Y yo, que ya me conocía esta dinámica, decidí no presionarlo.

Porque, tarde o temprano, él solo llegaría a la conclusión inevitable.

Pero hasta entonces, yo tenía que seguir fingiendo que todo estaba bajo control.

Aunque, en realidad, ya no lo estuviera.

Capítulo 21 -
El punto de quiebre

Había un momento en cada historia en el que la tensión dejaba de ser algo sutil y pasaba a ser algo imposible de ignorar.

Ese momento estaba a punto de llegar.

Todo comenzó con un simple paseo nocturno.

Después de un día recorriendo el pueblo, decidimos salir a caminar por las calles iluminadas por faroles antiguos. El aire fresco hacía que la ciudad se sintiera aún más mágica.

Alberto iba a mi lado, con las manos en los bolsillos, su expresión tranquila□ pero su mirada diferente.

Llevaba días notándolo más pensativo, más silencioso, más□ en conflicto consigo mismo.

Y yo fingía que no me daba cuenta.

Porque si reconocía lo que estaba pasando, si lo decía en voz alta, entonces se volvería real.

Pero entonces, ocurrió.

Caminábamos por una calle estrecha cuando, sin darme cuenta, me tropecé con un adoquín sobresalido.

No fue una caída desastrosa, pero sí suficiente para perder el equilibrio.

Alberto, reflejos de bombero activados, me sujetó antes de que pudiera tocar el suelo.

Su brazo se cerró firmemente alrededor de mi cintura.

Su otra mano se apoyó en mi espalda.

Y de repente, estábamos demasiado cerca.

Demasiado.

Mis manos terminaron apoyadas en su pecho, y cuando levanté la mirada, lo encontré mirándome de una forma en la que nunca me había mirado antes.

No era solo preocupación.

Era algo más.

Algo que él mismo parecía no entender del todo.

Pero lo sentía.

Lo veía en la forma en que su respiración se había vuelto más lenta.

En cómo sus ojos se desviaban hacia mi boca, aunque fuera solo por un instante.

En cómo no me soltó de inmediato, aunque ya no había peligro de que me cayera.

Y lo peor…

Lo peor fue que, en ese momento, yo tampoco quería que me soltara.

Pero, por supuesto, el hechizo se rompió.

Alberto pestañeó, como si acabara de darse cuenta de lo que estaba pasando, y dio un paso atrás rápidamente.

—Perdón, no quería asustarte.

Asentí, intentando fingir que mi corazón no estaba a punto de explotar.

—No pasa nada… Gracias por salvarme otra vez.

Él soltó una risa nerviosa, pero no dijo nada más.

Seguimos caminando, pero algo había cambiado.

Porque ahora, incluso en el silencio, sentía su mirada sobre mí.

Y por primera vez, tuve la certeza de que él también estaba sintiendo algo.

Capítulo 22 -
«Esto no es normal»

A partir de aquella noche, Alberto empezó a actuar diferente.

No de forma evidente. No con grandes declaraciones ni cambios drásticos.

Pero con pequeñas cosas.

Como la forma en que se aseguraba de caminar siempre a mi lado, incluso cuando no había necesidad.

Como la manera en que me miraba cuando pensaba que yo no lo veía.

Como los pequeños gestos de contacto, cada vez más frecuentes, cada vez más naturales.

Y luego, una noche, mientras hablábamos en la terraza del hotel, ocurrió algo que me dejó sin palabras.

Estábamos discutiendo sobre alguna tontería—probablemente sobre quién tenía mejor gusto en películas—cuando, de repente, Alberto se quedó en silencio.

—¿Qué pasa? —pregunté, mirándolo.

Él se frotó la nuca y suspiró.

—Nada. Solo que… esto no es normal.

Mi estómago se encogió.

—¿A qué te refieres?

Alberto me miró, y por primera vez, vi en su expresión algo parecido a confusión.

—A nosotros.

Mi corazón se detuvo.

—¿Nosotros?

—Sí. O sea, no sé qué estamos haciendo.

Mi garganta se secó.

—Solo estamos… viajando, pasando el rato… ¿No?

Él entrecerró los ojos, como si intentara descifrar si realmente pensaba lo que acababa de decir.

—¿Y eso es todo?

No podía responder.

Porque si lo hacía, si decía lo que realmente pensaba, todo cambiaría.

Pero él tampoco necesitó una respuesta.

Porque en ese momento, en ese silencio que lo decía todo, supe que él ya lo sabía.

Y eso lo asustaba tanto como a mí.

Capítulo 23 -
Un beso que no debió pasar (pero pasó)

No sé cómo llegamos a ese punto.

No sé si fue la acumulación de miradas, de roces, de silencios llenos de cosas no dichas.

O si simplemente era inevitable.

Pero aquella noche, después de semanas de tensión contenida, después de días de esquivar lo evidente□

Finalmente pasó.

No hubo música romántica de fondo. No hubo una gran declaración.

Solo estábamos en la terraza, hablando, riendo, y en algún momento, sin darme cuenta, dejé de prestar atención a lo que decía porque mi cerebro solo podía enfocarse en una cosa:

En lo cerca que estaba.

En cómo la luz de la farola resaltaba sus facciones.

En cómo su mirada se fijó en la mía, con esa intensidad que me dejaba sin aire.

Y entonces, sin pensarlo, lo hice.

Me incliné.

No mucho, solo un poco.

Solo lo suficiente para hacerle saber que si quería alejarse, podía hacerlo.

Pero no se alejó.

Se quedó quieto, observándome, como si estuviera debatiéndose internamente.

Y entonces, como si algo dentro de él finalmente se hubiera rendido, se inclinó también.

Cuando sus labios tocaron los míos, sentí que el mundo entero se detenía.

Fue un beso lento, dudoso, como si los dos estuviéramos procesando lo que estaba pasando.

Y luego, de repente, dejó de serlo.

Porque en el instante en que sentí su mano en mi rostro, en el instante en que nuestros cuerpos se acercaron más, todo lo que habíamos estado conteniendo explotó.

No sé cuánto duró.

Pero cuando nos separamos, ambos nos quedamos en silencio, respirando acelerados, sin saber qué decir.

Hasta que él, con voz ronca, susurró:

—Esto lo cambia todo, ¿verdad?

Y supe que tenía razón.

Porque ya no había vuelta atrás.

Capítulo 24 -
Fingiendo que nada pasó (pero pasó)

El problema de besar a tu supuesto amigo es que, después, ya nada vuelve a ser normal.

O al menos, no inmediatamente.

Porque aunque la lógica dice que lo mejor sería hablar del tema, que lo más maduro sería sentarnos y decir algo como «oye, nos besamos, ¿qué significa esto?»□

Ninguno de los dos lo hizo.

En su lugar, la mañana siguiente fue un desastre de silencios incómodos, miradas evitadas y frases cortas.

—Buenos días —dijo él, mientras desayunábamos.

—Buenos días.

—¿Dormiste bien?

—Sí. ¿Y tú?

—Sí.

Fin de la conversación.

Nunca antes un desayuno había sido tan incómodamente normal.

Lo peor de todo era que, cada vez que nuestras miradas se cruzaban, Alberto apartaba la vista un segundo después, como si tuviera miedo de que yo pudiera leerle la mente.

Y lo entendía.

Porque, si me miraba demasiado tiempo, iba a notar que yo estaba igual de confundida que él.

Capítulo 25 -
Pequeñas señales
de que ya no somos solo amigos

Durante el resto del día, ambos intentamos fingir que todo seguía como antes.

Pero no lo estaba.

Lo supe porque:

→ Cuando caminábamos, nuestros brazos se rozaban y ninguno se apartaba inmediatamente.

→ Cuando me hacía alguna broma, su sonrisa duraba un poco más de lo normal.

→ Cuando me ayudó a bajar un escalón y su mano tocó mi cintura, no me soltó tan rápido como antes.

Pero lo más grave de todo fue cuando, en una de las calles estrechas del pueblo, nos vimos obligados a caminar demasiado juntos.

Por instinto, puse mi mano en su brazo para no tropezarme.

Él no dijo nada.

Pero tampoco se movió.

Y por un segundo, solo un segundo, sentí que su respiración se volvía más profunda.

Fue solo un instante.

Pero fue suficiente para saber que esto no estaba olvidado.

Ni por él.

Ni por mí.

Capítulo 26 -
Un tropiezo con consecuencias
(y no hablo de heridas)

Si había un momento perfecto para que mi torpeza hiciera su entrada triunfal, era este.

Estábamos en una tienda de *souvenirs* cuando, al intentar alcanzar un llavero en un estante alto, calculé mal mi equilibrio y□ bueno, digamos que mi dignidad volvió a quedar en peligro.

Por suerte, Alberto estaba cerca y, en un reflejo rápido, me sujetó antes de que terminara en el suelo.

Lo malo es que, en el proceso, terminé apoyando mis manos en su pecho.

Y él□

Él me sujetó de la cintura de una forma que definitivamente no era necesaria para salvarme.

Silencio.

Tenso.

Intenso.

Demasiado.

Y entonces, cuando finalmente levanté la vista para encontrarme con sus ojos, supe que algo estaba pasando.

Porque su mirada no era la de alguien que simplemente había atrapado a una amiga torpe.

Era la de alguien que estaba luchando contra algo que no quería admitir.

Y cuando, un segundo después, él apartó las manos de mi cintura como si quemaran, tuve la confirmación.

Estaba evitando algo.

Pero lo sentía.

Y yo también.

Capítulo 27 -
¿Y si dejamos de fingir?

La noche siguiente, después de otro día de silencios, miradas y roces accidentales que no parecían tan accidentales, finalmente pasó algo que lo cambió todo otra vez.

Estábamos sentados en la terraza del hotel, con una copa de vino en la mano, disfrutando de la brisa nocturna.

Todo iba bien. Todo estaba tranquilo.

Hasta que Alberto, de la nada, dijo:

—¿Y si dejamos de fingir?

Mi corazón se detuvo.

—¿Fingir qué? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

Él soltó un suspiro y se pasó una mano por el pelo.

—Que ese beso no cambió nada.

Silencio.

Largo.

Tenso.

Y entonces, antes de que pudiera evitarlo, solté:

—¿Y qué cambió?

Él me miró.

—¿De verdad quieres que lo diga?

Mi estómago dio un vuelco.

Porque lo vi.

Vi en su expresión que él también lo sabía.

Y por primera vez, supe que no podía seguir fingiendo más.

Capítulo 28 -
Dímelo

Después de que Alberto soltara esa frase, después de que admitiera en voz alta lo que ambos sabíamos□

Todo quedó en silencio.

Yo lo miraba. Él me miraba.

El aire entre nosotros estaba cargado de algo que ninguno de los dos se atrevía a nombrar.

Hasta que, sin pensarlo demasiado, dije:

—Dímelo.

Alberto frunció el ceño.

—¿El qué?

—Lo que cambió.

Parecía incómodo, como si ni siquiera él mismo supiera cómo explicarlo.

—No lo sé□ —murmuró, pasándose una mano por la nuca—. Es raro.

—¿Raro cómo?

—Como si…

Se detuvo.

Respiró hondo.

Y entonces, finalmente, dijo lo que yo había estado esperando.

—Como si ya no pudiera verte de la misma manera.

Boom.

Mis defensas temblaron.

Porque aunque yo ya lo sabía, aunque todo en sus gestos lo había estado gritando□

Escucharlo en voz alta lo hacía real.

Pero aun así, me negué a dárselo tan fácil.

Así que, con una media sonrisa, respondí:

—¿Eso es algo bueno o algo malo?

Alberto soltó una risa baja y sacudió la cabeza.

—No lo sé.

Y ahí lo vi.

Su lucha interna.

Su intento de racionalizar lo que estaba pasando.

Porque él, que siempre había tenido todo bajo control, ahora estaba en un terreno desconocido.

Y eso, para él, debía ser aterrador.

Pero para mí□

Para mí, era la prueba de que ya no había vuelta atrás.

Capítulo 29 -
No hay marcha atrás

A partir de esa conversación, algo cambió entre nosotros.

Seguíamos comportándonos con normalidad, pero la diferencia era que ahora los dos sabíamos lo que estaba pasando.

→ Cuando nuestras miradas se cruzaban, ya no había confusión.

→ Cuando nos rozábamos sin querer, ya no era accidental.

→ Cuando hablábamos, nuestras voces sonaban más bajas, más íntimas.

Era un juego en el que ambos éramos conscientes de lo que hacíamos, pero ninguno daba el primer paso.

Hasta que, un día, el juego se acabó.

Capítulo 30 -
El momento en que él dejó de resistirse

Estábamos en el castillo del pueblo, en lo alto de una torre con una vista impresionante.

El viento soplaba fuerte, revolviéndome el pelo, pero no me importó.

Porque cuando me giré para hacer un comentario sobre el paisaje, me encontré con que Alberto me estaba mirando.

Pero esta vez…

Esta vez no apartó la mirada.

Y tampoco intentó disimularlo.

—¿Qué? —pregunté, con el corazón latiéndome fuerte.

—Nada —dijo él, pero su voz sonó diferente.

No supe quién se movió primero.

Solo sé que, un instante después, él estaba demasiado cerca.

Su mano rozó la mía, como si dudara, como si aún tuviera una última oportunidad de retroceder.

Pero no lo hizo.

Y entonces, sin una palabra más, simplemente me besó.

Fue distinto al primer beso.

No hubo dudas esta vez. No hubo titubeos.

Fue firme, seguro, como si, después de todo este tiempo, hubiera decidido que ya no quería seguir resistiéndose.

Y yo, que había esperado esto más de lo que quería admitir, me dejé llevar.

Porque, aunque nos habíamos mentido por mucho tiempo□

En ese momento, la verdad se sintió demasiado bien.

A partir de aquí, la historia tomará otro rumbo. Ya no es un «¿qué está pasando?», sino un «¿qué hacemos ahora con esto?».

Capítulo 31 -
Y ahora, ¿qué somos?

Después de aquel beso, no hubo palabras inmediatas.

Ni falta que hacían.

Nos separamos lentamente, nuestras miradas fijas la una en la otra, como si todavía estuviéramos procesando lo que acababa de pasar.

Pero en lugar de apartarse como la primera vez…

Alberto se quedó allí.

Demasiado cerca.

Como si ya no quisiera alejarse.

Como si, ahora que había cruzado la línea, no quisiera volver atrás.

Y yo tampoco.

Pero, por supuesto, la maldita racionalidad tenía que aparecer en algún momento.

—Esto es una locura□ —murmuró él, pero sin moverse ni un centímetro.

—Un poco —admití, intentando sonar tranquila.

—No sé qué significa esto.

—No tenemos que saberlo ahora.

Alberto soltó una risa baja, sin apartar la vista de mí.

—¿Así de simple?

—Así de simple.

Porque, aunque en mi cabeza había mil preguntas, aunque parte de mí quería saber exactamente qué éramos ahora□

No quería que el miedo lo echara todo a perder.

Así que, por primera vez, decidí dejar que las cosas simplemente pasaran.

Y cuando él, en lugar de alejarse, deslizó una mano por mi cintura y volvió a besarme□

Supe que él también estaba dispuesto a intentarlo.

Capítulo 32 -
Complicidad (y un poco de nervios)

A partir de ese día, algo cambió entre nosotros.

Seguíamos comportándonos de forma casi normal, pero había diferencias que lo hacían evidente:

→ Cuando hablábamos, había más cercanía.

→ Cuando me miraba, su expresión tenía algo diferente.

→ Cuando estábamos juntos, los silencios ya no eran incómodos, sino llenos de algo que ninguno de los dos decía en voz alta.

Y luego estaban los momentos en los que él aprovechaba cualquier excusa para tocarme.

Como cuando, en una caminata, de repente dijo:

—Tu mano está fría.

Y sin esperar respuesta, simplemente tomó mi mano y la sostuvo.

O cuando, en medio de una conversación tonta, de la nada pasó un brazo sobre mis hombros con la excusa de «descansar un poco».

O cuando, cada vez que pasábamos por un sitio con más gente de la cuenta, su mano encontraba la mía instintivamente.

Pequeñas cosas.

Pero suficientes para demostrar que ya no éramos solo amigos.

Y lo más curioso era que, aunque ninguno de los dos lo había dicho en voz alta□

No hacía falta.

Capítulo 33 -
Un viaje, una cabaña
y una apuesta peligrosa

Después de aquel primer viaje, surgió otro plan.

Alberto mencionó que le gustaría hacer una escapada a una zona de montaña, desconectarse unos días y simplemente disfrutar del aire libre.

—Podríamos ir juntos —dijo con naturalidad.

—¿Juntos?

—Sí, como la otra vez.

Intenté analizar su expresión.

No sonaba nervioso. No sonaba como alguien que estaba pidiendo algo fuera de lo común.

Pero ambos sabíamos que esto ya no era lo mismo.

—Vale —acepté, fingiendo normalidad.

No sabía si fue mi imaginación, pero juraría que su sonrisa se amplió un poco al escuchar mi respuesta.

Lo que no sabía era que ese viaje sería el que cambiaría las cosas de verdad.

Capítulo 34 -
La cabaña y la tentación

El sitio era perfecto.

Una pequeña cabaña de madera, rodeada de árboles, con una chimenea acogedora y un porche con vista a la montaña.

Parecía sacado de una película.

Y la única razón por la que no estaba entrando en crisis era porque aún no me había permitido procesar el hecho de que estaría sola con Alberto en ese lugar.

Pero claro, la realidad se impuso cuando nos instalamos y él, con su tono más casual, soltó:

—Solo hay una cama.

Mi cerebro hizo cortocircuito.

—¿Cómo que solo hay una cama?

Él levantó una ceja, divertido.

—Bueno, podemos pelear por ella o compartir. Tú decides.

Sentí un calor absurdo subir a mi cara.

—Voy a dormir en el sofá.

—Sabes que es pequeño, ¿verdad?

—No me importa.

Alberto sonrió, como si estuviera disfrutando demasiado mi incomodidad.

—Como quieras.

Pero lo que yo no sabía□

Era que esa noche, todo daría un nuevo giro.

Capítulo 35 -
La cabaña, una cama y un problema

Había muchas cosas que podía manejar con normalidad.

Pero estar sola con Alberto en una cabaña de madera en medio de la montaña□

Eso no estaba en la lista.

Intenté mantenerme tranquila, fingir que todo era perfectamente normal mientras nos instalábamos, pero mi cerebro no dejaba de repetirme una sola cosa:

UNA SOLA CAMA.

Él, por supuesto, parecía disfrutar de mi incomodidad.

—¿Estás segura de que prefieres el sofá? —preguntó, apoyándose en el marco de la puerta con una sonrisa que me ponía nerviosa.

—Totalmente —respondí, demasiado rápido.

—Bueno□ —se encogió de hombros—. No quiero que luego digas que no te ofrecí alternativas.

Ignoré su tono divertido y fingí que nada en esta situación era extraño o peligroso para mi estabilidad emocional.

Pero entonces, mientras él encendía la chimenea y yo me acomodaba en el sofá, algo pasó.

El cielo retumbó.

Un trueno.

Después, otro.

Me giré lentamente hacia la ventana y vi cómo la lluvia comenzaba a caer con fuerza.

—¿En serio? —murmuré, como si el clima tuviera algo personal contra mí.

Alberto, desde la chimenea, soltó una carcajada.

—Parece que vamos a tener tormenta.

Fantástico.

No solo estaba atrapada en una cabaña con él.

Ahora también tenía que lidiar con una tormenta que no ayudaba en absoluto a mi necesidad de fingir que nada raro estaba pasando.

Capítulo 36 -
«Voy a morir congelada»

Horas después, la tormenta había empeorado.

El viento golpeaba las ventanas, la lluvia caía con más fuerza y, por si fuera poco, el frío había aumentado considerablemente.

Estaba envuelta en una manta en el sofá, abrazándome a mí misma como un burrito de supervivencia, cuando Alberto apareció en la puerta con los brazos cruzados.

—Te estás congelando.

—Estoy bien —mentí.

—Estás tiritando.

—Es porque□ es un sofá muy□ frío.

—No seas terca, algo difícil en mí, en fin□ los genes.

No tuve tiempo de responder antes de que él tomara una de las mantas y la pusiera sobre mis hombros con un gesto firme.

Pero no se quedó ahí.

En lugar de volver a su cama, se agachó frente a mí y me miró a los ojos.

—Ven a la cama.

Mi cerebro colapsó.

—¿Q-qué?

—No tiene sentido que duermas aquí cuando hay una cama más grande y caliente.

No tiene sentido.

Eso decía él.

Lo que yo escuché fue:

Ven y compárteme la cama en una cabaña en medio de la tormenta.

La lógica intentó salvarme.

—No quiero incomodarte.

Alberto soltó una risa baja.

—Si alguien va a estar incómodo, soy yo. Eres tú la que está temblando.

No sabía qué responder.

Pero mi cuerpo decidió por mí.

Porque, aunque mi cerebro gritaba «¡MALA IDEA!», mis pies me llevaron automáticamente hacia la cama.

Capítulo 37 -
Intentando dormir
(fallando miserablemente)

No pasó nada.

En serio.

Solo nos acostamos en lados opuestos de la cama, con una distancia prudente entre nosotros.

El problema fue que, a pesar de la distancia, mi corazón latía a toda velocidad.

Y por la respiración un poco más profunda de Alberto□

Sabía que él tampoco estaba tan tranquilo como quería aparentar.

—¿Sigues despierta? —murmuró de repente.

—No.

Él soltó una risa baja.

—¿Sabes que eso significa que sí?

No respondí.

No podía.

Porque el aire entre nosotros estaba□ extraño.

No incómodo.

Pero sí cargado de algo que no nos atrevíamos a mencionar en voz alta.

Cerré los ojos, obligándome a dormir.

Todo está bien, Esther. No pasa nada. Solo es una cama. Solo es él. Solo es□

Y entonces, de repente, sentí algo.

Su brazo rozando el mío.

Apenas un contacto. Apenas un gesto.

Pero suficiente para que mi corazón se disparara.

No me moví.

Y él tampoco.

Hasta que, en un gesto casi imperceptible…

Su mano encontró la mía bajo las sábanas.

Fue sutil.

Casi accidental.

Pero no lo fue.

Y en ese momento, en la oscuridad de aquella cabaña, supe con certeza que esto□

Esto ya no tenía vuelta atrás.

Capítulo 38 -
Lo inevitable

No sé cuánto tiempo pasamos así.

En silencio.

Con su mano sobre la mía.

Con esa tensión en el aire que gritaba cosas que ninguno de los dos se atrevía a decir.

Hasta que, de repente, él habló.

—¿Puedo hacer algo?

Mi garganta se cerró.

—Depende de qué sea.

Alberto se giró hacia mí, apoyándose en un codo para mirarme.

La poca luz de la chimenea iluminaba su rostro, y su expresión era seria.

—Quiero besarte otra vez.

Boom.

Mi sistema entero colapsó.

Mi cerebro decía: Piénsalo bien.

Mi corazón decía: No pienses nada.

Y yo…

Yo simplemente dejé que pasara.

Cuando sus labios tocaron los míos, fue distinto a los besos anteriores.

Fue más lento.

Más profundo.

Como si, después de tanto tiempo negándolo, finalmente ambos hubiéramos aceptado la verdad.

Y esta vez, no nos separamos.

Porque esta vez…

Sabíamos que ya no queríamos seguir fingiendo.

Capítulo 39 -
La noche que lo cambió todo

Cuando sus labios tocaron los míos, lo único que pensé fue: ya no hay vuelta atrás.

No era como los besos anteriores.

Esta vez no había dudas, ni titubeos.

Esta vez no era un beso robado, ni un error que podríamos ignorar al día siguiente.

Esta vez era real.

Alberto me besó con una intensidad diferente, con la certeza de alguien que por fin había aceptado lo inevitable.

Y yo…

Yo simplemente me dejé llevar.

Mis dedos se aferraron a la tela de su camiseta, sintiendo el calor de su cuerpo bajo mis manos.

Él deslizó una mano por mi espalda, acercándome más, borrando por completo la distancia que habíamos estado manteniendo por tanto tiempo.

Y en ese momento, en la oscuridad de aquella cabaña, entendí algo.

Llevábamos demasiado tiempo resistiéndonos a esto.

Demasiado tiempo fingiendo que no pasaba nada, cuando en realidad, todo en nosotros gritaba lo contrario.

Y esa noche…

Esa noche, por primera vez, dejamos de pelear contra ello.

Capítulo 40 -
Su piel contra la mía

El beso se volvió más profundo, más urgente.

Como si el tiempo perdido nos estuviera alcanzando.

Las sábanas se movieron entre nosotros cuando su cuerpo se inclinó sobre el mío, atrapándome entre el colchón y su calor.

No me alejé.

No me resistí.

Porque, aunque mi cabeza aún intentaba encontrar alguna excusa para detener esto, mi cuerpo ya había tomado la decisión por mí.

Mi respiración se volvió más entrecortada cuando sus labios se deslizaron por mi cuello, dejando un rastro de fuego en mi piel.

Y cuando sus manos, firmes pero cuidadosas, recorrieron mi espalda…

Supe que lo quería.

Lo quería como nunca antes había querido nada.

Lo quería sin importar lo que pasara después.

Lo quería, aquí y ahora.

Y por suerte…

Él también.

Capítulo 41 -
La rendición absoluta

No sé cuánto tiempo pasó.

No sé en qué momento la tensión dio paso a algo más.

Solo sé que, en algún punto, mi cuerpo se amoldó al suyo como si siempre hubiera pertenecido allí.

Las sábanas quedaron olvidadas, enredadas en nuestros cuerpos.

Los susurros, entrecortados, llenaban el silencio de la habitación.

Cada caricia, cada beso, cada roce era una promesa silenciosa de todo lo que habíamos estado conteniendo.

No fue apresurado.

No fue un impulso fugaz.

Fue como si todo el tiempo que habíamos pasado evitando esto, acumulando sentimientos y reprimiendo emociones, se hubiera condensado en una sola noche.

Y cuando finalmente ocurrió□

Cuando sus labios encontraron los míos por última vez antes de entregarnos completamente el uno al otro□

No hubo dudas.

No hubo arrepentimientos.

Solo nosotros.

Por fin.

Capítulo 42 -
La mañana después

Desperté con una sensación extraña.

No de arrepentimiento.

No de confusión.

Pero sí con esa mezcla de emociones que aparece cuando cruzas una línea que llevabas demasiado tiempo evitando.

Al principio, mi mente estaba envuelta en un letargo placentero, hasta que sentí algo cálido a mi lado.

No algo.

Alguien.

Abrí los ojos lentamente y lo primero que vi fue su brazo rodeando mi cintura, su piel cálida en contraste con la frescura de la habitación.

Su respiración era profunda y pausada, como si aún estuviera dormido.

Dios mío.

Los recuerdos de la noche anterior llegaron como un torrente, haciendo que mi piel se calentara sin necesidad de moverme.

¿Y ahora qué?

Porque sí, había sido increíble.

Sí, había sido todo lo que no me había permitido imaginar.

Pero□ ¿qué significaba ahora?

Giré ligeramente la cabeza y lo encontré observándome.

No sé cuánto tiempo llevaba despierto, pero su mirada tranquila y su pequeña sonrisa me dejaron claro que tampoco se arrepentía.

—Buenos días —murmuró, con voz ronca de recién despertado.

—Buenos días□ —respondí, sin saber qué más decir.

Su brazo aún estaba sobre mi cintura, su cuerpo pegado al mío, y aunque ninguno de los dos parecía tener prisa por separarse□

Sabíamos que, tarde o temprano, tendríamos que hablar de esto.

Pero no ahora.

No cuando el calor de su piel todavía me envolvía.

No cuando sus dedos trazaban círculos perezosos en mi espalda, como si su propio cuerpo se negara a alejarse del mío.

Así que, por ahora, decidí dejarlo estar.

Porque si algo había aprendido en todo este tiempo, era que no todo tenía que resolverse de inmediato.

Algunas cosas simplemente debían sentirse.

Y yo, en este momento, solo quería sentirlo a él.

Capítulo 43 -
«Esto se va a complicar, ¿verdad?»

No tardamos mucho en darnos cuenta de que volver a la normalidad sería□ complicado.

Porque después de una noche así, después de haber dejado que todo se desbordara, no podíamos pretender que nada había cambiado.

No cuando cada vez que nos mirábamos, el recuerdo de la noche anterior flotaba entre nosotros.

No cuando nuestros cuerpos parecían seguir buscándose de manera inconsciente, incluso cuando intentábamos mantener cierta distancia.

No cuando, cada vez que nos tocábamos, por casualidad o no, la electricidad volvía a encenderse.

Así que, mientras recogíamos la cabaña y nos preparábamos para marcharnos, Alberto fue el primero en decirlo.

—Esto se va a complicar, ¿verdad?

Me giré hacia él, con una media sonrisa.

—¿Crees?

—Sí —admitió, pasándose una mano por la nuca—. Pero□ no me importa.

Boom.

Mi corazón se aceleró.

Porque no era una declaración de amor.

No era una promesa eterna.

Pero era suficiente.

Porque, aunque no sabíamos cómo manejar esto, aunque no teníamos todas las respuestas□

Lo único que importaba en ese momento era que ninguno de los dos quería alejarse.

Y eso, para mí, era más que suficiente.

Capítulo 44 -
La despedida antes de la despedida

El viaje de vuelta estaba lleno de silencios.

No incómodos.

Pero sí□ diferentes.

Había algo en el aire. Algo que no queríamos nombrar todavía.

Porque, aunque ninguno lo decía en voz alta, sabíamos que la burbuja en la que habíamos estado los últimos días estaba a punto de romperse.

En unas horas, él volvería a su casa.

Yo, a la mía.

Doscientos kilómetros volviendo a separarnos.

Y la pregunta flotaba entre nosotros.

¿Esto termina aquí?

Pero entonces, justo cuando creí que íbamos directos a la despedida, él dijo:

—Antes de que nos vayamos… quiero llevarte a un sitio.

Levanté la vista, sorprendida.

—¿Un sitio?

—Sí. Un lugar especial.

No pregunté más.

Solo asentí.

Porque, aunque no sabía a dónde íbamos, sabía que era importante.

Capítulo 45 -
Nuestro lugar

El sitio al que me llevó estaba en lo alto de una colina, con una vista impresionante de todo el valle.

El sol empezaba a ocultarse, tiñendo el cielo de tonos dorados y anaranjados.

Era hermoso.

Pero más hermoso aún era el hecho de que él me había traído aquí.

—Siempre vengo a este sitio cuando necesito pensar —dijo, con las manos en los bolsillos.

—¿Y qué piensas ahora?

Él me miró.

Su expresión era tranquila, pero sus ojos□ sus ojos lo decían todo.

—Que quiero que este sea nuestro lugar.

Mi corazón se detuvo un segundo.

—¿Nuestro lugar?

—Sí. Pase lo que pase.

El viento sopló suavemente entre nosotros, pero yo apenas lo sentí.

Porque en ese momento, en ese lugar, él acababa de darme algo que valía más que cualquier promesa.

Me estaba dando un pedazo de él mismo.

Algo solo nuestro.

Sin pensarlo, me acerqué y puse una mano en su pecho.

—Prométemelo.

Alberto sonrió y envolvió mi rostro entre sus manos.

—Te lo prometo.

Y entonces, me besó.

No con urgencia.

No con pasión desbordada.

Sino con la seguridad de alguien que, por primera vez, estaba permitiéndose sentir de verdad.

Y allí, en medio de la nada, con el viento envolviéndonos y la promesa de volver a este sitio pase lo que pase…

Supe que, sin importar lo que viniera después□

Nosotros ya no éramos los mismos de antes.

Capítulo 46 -
La despedida que ninguno quería

Después de ese beso, después de esa promesa, nos quedamos en silencio por un rato.

No porque no tuviéramos nada que decir.

Sino porque no queríamos decir adiós todavía.

Pero el tiempo seguía avanzando.

La noche caía, y el momento de separarnos era inevitable.

Cuando finalmente volvimos al coche, sentí un nudo en el estómago.

Porque por primera vez, no quería alejarme de él.

Y cuando llegamos al punto donde nuestros caminos se dividían, Alberto se detuvo, pero no apagó el motor.

Se quedó con las manos en el volante, mirándolo fijamente.

Como si estuviera intentando encontrar las palabras adecuadas.

Pero no había palabras correctas para esto.

Así que, en lugar de hablar, simplemente se giró hacia mí.

Me miró con esos ojos azules que me habían perseguido durante tanto tiempo.

Y yo supe.

Supe que, aunque ninguno de los dos lo decía en voz alta, esto no era solo un viaje que había terminado.

Era algo más.

Algo que aún no entendíamos completamente.

Algo que nos aterraba, pero que ambos queríamos seguir descubriendo.

—Nos vemos pronto, ¿vale? —dijo él, con voz baja.

—Vale —susurré.

Alberto me estudió por un momento más, como si quisiera memorizar mi rostro antes de irse.

Y entonces, antes de que pudiera decir algo más, se inclinó y me besó otra vez.

Fue un beso corto, pero lleno de todo lo que ninguno de los dos se atrevía a decir.

Y cuando se separó, supe que esto no terminaba aquí.

Esto… apenas estaba empezando.

Capítulo 47 -
Volver a la realidad

El viaje de vuelta a casa se sintió raro.

Como si todo lo que había pasado los últimos días hubiera sido un sueño del que no quería despertar.

Pero cuando llegué a mi apartamento y dejé la maleta en el suelo, la realidad me golpeó.

Estábamos a 200 km de distancia.

Y aunque habíamos creado nuestro lugar, aunque nos habíamos besado, aunque todo lo que había pasado entre nosotros lo hacía evidente□

No sabíamos qué éramos.

No habíamos hablado de eso.

¿Era una relación?

¿Seguíamos siendo «solo amigos»?

¿Volveríamos a vernos pronto?

Todas esas preguntas me llenaban la cabeza, pero no tenía respuestas.

Solo tenía una certeza: le extrañaba incluso antes de despedirme de él.

Y esa sensación me asustó más de lo que quería admitir.

Capítulo 48 -
Primeros días sin él

Los días siguientes fueron extraños.

Nos escribíamos como siempre, pero había algo diferente.

Los mensajes eran más largos.

Los «buenos días» llegaban sin falta.

Las bromas seguían, pero ahora estaban cargadas de algo más.

Y luego estaban los momentos en los que, de repente, él me escribía sin motivo aparente.

«¿Qué haces?»

«Acabo de pasar por un sitio que me recordó a ti.»

«Hoy ha hecho un frío horrible, pero no tanto como el que tenías aquella noche en la cabaña.»

Pequeñas cosas.

Pero suficientes para hacerme sentir que él tampoco podía olvidarse de lo que había pasado.

Y entonces, un día, sin previo aviso, me llegó un mensaje que hizo que mi corazón diera un vuelco.

«¿Cuándo nos vemos?»

Capítulo 49 -
«¿Cuándo nos vemos?»

El mensaje llegó sin previo aviso.

Corto, directo.

Pero suficiente para hacer que mi corazón se acelerara al instante.

«¿Cuándo nos vemos?»

Leí esas tres palabras varias veces, como si intentara descifrar todo lo que escondían.

Porque, aunque parecía una pregunta sencilla, no lo era en absoluto.

No después de lo que había pasado entre nosotros.

No después de aquella noche en la cabaña.

No después de la promesa en nuestro lugar.

Así que, en lugar de responder inmediatamente, me quedé mirando el móvil, intentando mantener la calma.

Pero antes de que pudiera pensar demasiado, él envió otro mensaje.

«Tengo ganas de verte.»

Boom.

Todo mi intento de control desapareció.

Porque una cosa era preguntar «¿Cuándo nos vemos?», pero otra muy distinta era decirme que tenía ganas de verme.

Y yo…

Yo también tenía ganas de verlo.

Más de lo que quería admitir.

Así que, en un impulso, sin pensarlo demasiado, escribí:

«Dime cuándo y dónde.»

Su respuesta llegó en segundos.

«Este fin de semana. Aquí.»

Sonreí.

Porque, aunque no sabía qué significaba esto exactamente, aunque aún no teníamos todas las respuestas□

Lo único que importaba ahora era que íbamos a vernos otra vez.

Capítulo 50 -
El reencuentro

El viaje de ida se sintió eterno.

Cada kilómetro que me acercaba a él, mi corazón latía más rápido.

Porque aunque nos habíamos estado escribiendo, aunque seguíamos con nuestras bromas y conversaciones diarias…

Nada podía prepararme para el momento en el que volviera a verlo en persona.

Cuando finalmente llegué, él ya estaba esperándome en la estación.

De pie, con las manos en los bolsillos, con su chaqueta oscura y esa mirada azul que siempre lograba desarmarme.

Y en el instante en que nuestros ojos se encontraron, supe que todo lo que había estado sintiendo los últimos días no había sido una exageración.

Porque lo extrañaba más de lo que había admitido.

Porque no podía esperar ni un segundo más para estar cerca de él.

Caminé hacia él con el corazón desbocado, intentando mantener la calma.

Pero entonces, antes de que pudiera decir nada, él simplemente abrió los brazos y me abrazó.

No un abrazo casual.

No un abrazo de amigos.

Un abrazo real.

Fuerte, profundo.

Como si llevara todo este tiempo esperando este momento.

Como si, al fin, se hubiera permitido dejar de fingir que esto no era importante.

Cerré los ojos y me dejé hundir en su abrazo, sintiendo su calor, su olor, su presencia.

Y en ese momento, entendí que este no era solo un reencuentro cualquiera.

Este era el reencuentro que lo cambiaría todo.

Capítulo 51 -
«Lo he pensado demasiado»

Después de la emoción del primer abrazo, nos fuimos a tomar algo.

Nos sentamos en una cafetería, como si intentáramos recuperar la normalidad.

Pero no había nada de normal en cómo no podíamos dejar de mirarnos.

No había nada de normal en cómo nuestros cuerpos se inclinaban, inconscientemente, el uno hacia el otro.

Y entonces, después de unos minutos de conversación ligera, Alberto dejó su taza sobre la mesa y me miró fijamente.

—Lo he pensado demasiado.

Mi estómago se encogió.

—¿El qué?

Él suspiró, como si estuviera reuniendo fuerzas para decirlo en voz alta.

—Nosotros.

Mi garganta se secó.

—¿Y qué has pensado?

—Que no quiero dejar de verte.

Boom.

Las palabras se quedaron suspendidas en el aire, haciéndome contener la respiración.

Porque, aunque había estado esperando que dijera algo así, escucharlo en voz alta era demasiado intenso.

Pero entonces, antes de que pudiera reaccionar, él continuó.

—Y no solo de vez en cuando, ni en viajes improvisados.

Se inclinó un poco más hacia mí, con esa mirada azul clavándose en la mía.

—Te quiero en mi vida, Esther.

Boom otra vez.

Porque esta vez, ya no había indirectas.

Ya no había juegos.
Esta vez, él lo había dicho claro.
Y yo…
Yo solo podía hacer una cosa.
Tomar su mano sobre la mesa.
Mirarlo con toda la intensidad de lo que sentía por él.
Y decir la única verdad que importaba en ese momento.
—Yo también quiero estar en la tuya.

Capítulo 52 -
Empezar algo real

Después de aquellas palabras, después de admitir lo que ya sabíamos, todo cambió.

Pero, al mismo tiempo, nada cambió de inmediato.

Seguíamos sentados en la misma mesa.

Seguíamos con nuestras tazas delante.

Seguíamos mirándonos como si el mundo entero se hubiera detenido.

Pero ahora, por primera vez, sabíamos exactamente lo que éramos.

No había un título, no había una etiqueta inmediata.

Solo había dos personas que llevaban demasiado tiempo evitándose a sí mismas□

Y que, por fin, se habían encontrado en el momento justo.

Alberto entrelazó sus dedos con los míos sobre la mesa.

Un gesto simple.

Pero que lo decía todo.

—Vamos paso a paso, ¿vale? —dijo, con voz baja.

Asentí.

—Vale.

Porque no necesitábamos más que eso.

Porque, por primera vez en mucho tiempo, no tenía miedo de lo que venía después.

Porque ahora, lo importante no era saber a dónde nos llevaría esto□

Lo importante era que ya no íbamos a alejarnos más.

Capítulo 53 -
Despedidas difíciles

Pasar el fin de semana juntos fue increíble.

Nos reímos, hablamos de todo y de nada, nos besamos sin la urgencia de quien no sabe si habrá un mañana.

Porque esta vez, sí lo había.

Pero cuando llegó el momento de separarnos otra vez, la realidad nos golpeó de nuevo.

Doscientos kilómetros.

Ese era nuestro obstáculo.

No era imposible.

Pero tampoco era fácil.

Cuando llegamos a la estación, ninguno quería ser el primero en decir adiós.

Nos quedamos de pie, en silencio, como si alargar el momento pudiera cambiar lo inevitable.

Alberto me miró con un suspiro.

—Esto de despedirme de ti no me gusta.

—A mí tampoco.

Él apretó los labios, como si estuviera debatiéndose algo en su cabeza.

Y entonces, dijo:

—Voy a hacer lo posible para verte cada semana.

Boom.

Mi corazón se aceleró.

—¿Cada semana?

—Sí. Aunque sea un día. Aunque sea un rato.

Se acercó más, dejando su frente contra la mía por un segundo.

—No quiero que la distancia sea un problema.

Mis ojos se llenaron de emoción.

Porque aunque sabíamos que no iba a ser fácil, también sabíamos que valía la pena intentarlo.

—Yo también haré lo posible —susurré.

Y entonces, antes de que la despedida doliera demasiado, me besó.

Un beso que no era una despedida.

Era una promesa.

Capítulo 54 -
Una relación entre kilómetros

Los días siguientes fueron extraños.

Porque ahora ya no había dudas.

Ya no éramos dos personas evitando lo que sentíamos.

Ahora éramos algo real.

Aún no sabíamos cómo llamarlo.

Pero lo que sí sabíamos era que, a pesar de la distancia, íbamos a encontrar la manera de estar juntos.

Nuestros mensajes se hicieron más constantes.

Las videollamadas se volvieron una rutina.

Los «te extraño» empezaron a colarse entre conversaciones sin darnos cuenta.

Y, poco a poco, empezamos a darnos cuenta de que esto no iba a ser un problema.

Que podíamos hacer que funcionara.

Porque cuando algo vale la pena…

Se lucha por ello.

Y nosotros…

Ya habíamos esperado demasiado para rendirnos ahora.

Capítulo 55 -
Planes que se cruzan

Los meses pasaron más rápido de lo que imaginábamos.

Nuestra relación a distancia no era fácil, pero tampoco era imposible.

Cada reencuentro era intenso.

Cada despedida era difícil.

Pero cada vez que volvíamos a vernos, sabíamos que todo valía la pena.

Mientras tanto, mi vida seguía avanzando.

Había terminado mis estudios de maquillaje profesional.

Había empezado a hacer planes sobre mi futuro en la estética y la belleza.

Y en mi cabeza, había una idea que llevaba tiempo rondando□

Montar mi propio negocio.

Pero no en cualquier sitio.

En Sevilla.

Era algo que había pensado hacía tiempo, pero nunca había tomado la decisión final.

Porque aunque me apasionaba la idea, me daba miedo dar un paso tan grande.

Así que lo tenía guardado en mi cabeza, como un sueño que aún no me atrevía a convertir en realidad.

Lo que no sabía era que el destino tenía otros planes.

Capítulo 56 -
Un giro inesperado

Una tarde, en medio de una de nuestras videollamadas, Alberto dejó escapar una noticia que no vi venir.

—Tengo que contarte algo —dijo, con una media sonrisa.

—¿Qué pasa?

—Me han dado el traslado.

Mi corazón se detuvo.

—¿Traslado? ¿A dónde?

Él me miró con esa calma suya que siempre me ponía nerviosa.

—A Sevilla.

Silencio.

Por un momento, creí que había escuchado mal.

—¿Sevilla?

—Sí.

Parpadeé varias veces, intentando procesarlo.

Alberto iba a vivir en Sevilla.

Él.

En la misma ciudad en la que yo había estado pensando en abrir mi negocio.

Mi estómago se encogió.

Porque de repente, todo encajaba demasiado bien.

Y lo peor era que él no sabía nada de mi plan.

Ni siquiera le había mencionado que, en mi cabeza, Sevilla había sido una opción real.

Y ahora□ él iba a estar allí.

Sentí que el suelo bajo mis pies se movía.

No porque no supiera que los traslados eran parte de su trabajo.

Sino porque justo Sevilla era el sitio que yo había estado considerando para mi propio futuro.

Pero él no lo sabía.

Yo nunca se lo había contado.

Y ahora, aquí estaba.
Diciéndome que el destino había tomado la decisión por nosotros.

Capítulo 57 -
Mi propio plan secreto

No le respondí de inmediato.

Porque mientras él me contaba sobre su traslado, mientras me explicaba cómo se lo habían comunicado, mi cabeza iba a mil por hora.

Porque yo también tenía algo que contarle.

Pero no sabía cómo.

Porque antes de que él y yo pasáramos de ser algo indefinido a algo real…

Antes de que todo esto sucediera…

Yo ya había considerado la posibilidad de montar algo en Sevilla.

No era solo un sueño vago.

Era un plan real.

Terminar mis estudios de maquillaje profesional había sido el primer paso.

Y la idea de abrir algo propio, de empezar algo en una ciudad donde tenía contactos y oportunidades□

Había estado en mi cabeza mucho antes de que él mencionara su traslado.

Pero ahora…

Ahora no sabía si decirlo o no.

Porque no quería que pensara que lo hacía por él.

Porque no quería que pareciera que mi futuro giraba alrededor de él□

Cuando en realidad, esto siempre había estado en mi camino.

Así que, en lugar de responder de inmediato, simplemente dije:

—Vaya… Sevilla.

—Sí —respondió, con una pequeña sonrisa en su voz—. ¿Qué opinas?

Respiré hondo.

Y, por ahora, decidí guardar mi verdad un poco más.

—Opino que… el destino es muy curioso.

Porque en mi mente, ya lo tenía claro.

No importaba cómo se lo dijera.

Tarde o temprano, descubriría que el destino no solo había planeado su traslado…

También había estado moviendo piezas en mi vida sin que yo me diera cuenta.

Capítulo 58 -
Guardando mi secreto

Después de aquella conversación sobre su traslado, intenté actuar con normalidad.

Fingí que no tenía nada más que decir.

Que todo era una simple coincidencia.

Pero por dentro, sabía que no era así.

Porque Sevilla ya estaba en mis planes desde hacía tiempo.

Porque, sin quererlo, el destino nos estaba alineando de una forma que ninguno de los dos había visto venir.

Pero todavía no estaba lista para decírselo.

No porque quisiera ocultárselo.

Sino porque quería estar segura de que mi decisión no tenía nada que ver con él.

Quería saber que, si al final daba ese paso, sería porque ese era mi camino, y no porque estaba siguiendo el suyo.

Así que, por ahora, decidí guardarlo para mí.

Solo un poco más.

Capítulo 59 -
La distancia con fecha de caducidad

Las semanas pasaron y, con cada día que pasaba, la distancia se sentía menos imposible.

Porque ahora sabíamos que tenía una fecha de caducidad.

Que, dentro de unos meses, ya no serían viajes de ida y vuelta.

Que ya no serían despedidas en estaciones.

Que, por primera vez, íbamos a estar en la misma ciudad sin depender del calendario.

Y aunque él no lo sabía, yo también iba a estar allí.

No porque él estuviera.

Sino porque, en el fondo, siempre supe que Sevilla sería el lugar donde quería empezar de nuevo.

Lo que nunca imaginé era que él también estaría en ese mismo camino.

Pero antes de contárselo, tenía que estar completamente segura de que esto no era solo una coincidencia… sino una oportunidad.

Capítulo 60 -
Decidiendo mi futuro

Una tarde, después de una de nuestras videollamadas, me senté frente a mi ordenador y abrí la página que había estado viendo en secreto durante semanas.

Locales en alquiler en Sevilla.

No era solo un sueño.

No era solo una idea perdida.

Era real.

Mi formación en maquillaje profesional estaba terminada.

Tenía contactos. Tenía una oportunidad de trabajar en lo que amaba.

Tenía todo lo que necesitaba para empezar algo propio.

Y ahora, con Sevilla en mi horizonte…

Era momento de tomar una decisión.

Seguir soñando□ o hacerlo realidad.

Y yo nunca había sido de las que se quedaban quietas.

Así que, después de semanas de dudas, de pensar demasiado, de preguntarme si esto era lo correcto…

Finalmente lo decidí.

Me iba a Sevilla.

Y esta vez, no había dudas.

No era por él.

No era por nadie más que por mí.

Pero lo que sí sabía era que cuando se lo dijera, todo cambiaría entre nosotros otra vez.

Y no tenía idea de cómo iba a reaccionar.

Capítulo 61 -
La confesión inesperada

El momento de decírselo llegó antes de lo que pensé.

Estábamos en una videollamada, hablando de su traslado, de lo que significaría el cambio, de cómo organizaríamos los viajes mientras tanto.

Y entonces, sin pensarlo demasiado, lo solté.

—Hay algo que tengo que contarte.

Él se acomodó en la pantalla, notando mi tono serio.

—Dime.

Respiré hondo.

—Voy a mudarme a Sevilla.

Silencio.

Alberto parpadeó, claramente sin haber esperado eso.

—¿Cómo?

—Voy a Sevilla. No por ti. No porque tú vayas.

Hice una pausa, queriendo que lo entendiera bien.

—Es algo que ya tenía en mente desde hace tiempo. Terminé mi formación de maquillaje, y tengo planes de montar algo allí.

Alberto seguía sin decir nada.

Solo me miraba.

Hasta que, después de unos segundos, sonrió.

—No me lo puedo creer.

—Es en serio.

—Lo sé, es solo que□

Se pasó una mano por el pelo, como si estuviera asimilándolo.

—Llevamos todo este tiempo preocupándonos por la distancia□ y ahora resulta que ibas a terminar allí de todos modos.

Solté una pequeña risa.

—Parece que sí.

Él negó con la cabeza, aún sonriendo.

—El destino es una cosa extraña.

—Lo es.

Nos quedamos en silencio por un momento, como si ambos estuviéramos procesando lo que esto significaba.

Hasta que, finalmente, él habló otra vez.

—Esto lo cambia todo.

Y supe que tenía razón.

Porque ahora, la distancia ya no era un problema.

Porque ahora, el futuro que nunca habíamos planeado, estaba justo frente a nosotros.

Porque ahora…

Todo era posible.

Capítulo 62 -
Decisiones y nuevos comienzos

Después de aquella conversación, todo cambió.

Pero esta vez, para bien.

Ya no había incertidumbre.

Ya no había miedo a la distancia.

Ya no había despedidas en estaciones con la duda de cuándo volveríamos a vernos.

Porque ahora, íbamos a estar en la misma ciudad.

Pero había algo más que debíamos decidir.

Porque, aunque todo se estaba acomodando de una manera casi mágica, aunque el destino parecía habernos llevado al mismo lugar…

No queríamos apresurarnos.

Así que, una tarde, mientras hablábamos sobre la mudanza, Alberto fue el primero en decirlo.

—Oye, he estado pensando…

—Dime.

Se apoyó en el respaldo del sofá, mirándome con tranquilidad.

—Creo que lo mejor es que, por ahora, cada uno tenga su propio espacio.

No me sorprendió.

Porque, en el fondo, yo también lo había pensado.

—Sí —asentí—. Me gusta la idea.

Alberto sonrió, como si se sintiera aliviado de que estuviéramos en la misma página.

—Quiero hacer esto bien. Paso a paso.

—Yo también.

Nos miramos en silencio, con esa complicidad que ya no necesitaba palabras.

Porque esto no era una decisión de distancia.

Era una decisión de hacer las cosas a nuestro ritmo.

Porque, aunque nos moríamos por estar juntos, aunque cada despedida había sido difícil□

Sabíamos que lo importante no era correr, sino construir algo real.

Y eso…

Eso ya lo estábamos haciendo.

Capítulo 63 -
Sevilla: el comienzo de algo nuevo

Los días previos a la mudanza fueron caóticos.

Entre cajas, llamadas, papeleo y el cansancio de organizarlo todo, casi no tuve tiempo para procesar que mi vida estaba a punto de cambiar por completo.

Hasta que, una mañana, mientras veía el amanecer desde mi ventana, lo sentí de verdad.

Esto es real.

Me estoy yendo a Sevilla.

Voy a empezar mi propio negocio.

Voy a estar en la misma ciudad que Alberto.

Y, por primera vez en mucho tiempo, todo en mi vida encajaba perfectamente.

Capítulo 64 -
Llegando a nuestra nueva ciudad

El día de la mudanza llegó más rápido de lo que esperaba.

Alberto me estaba esperando en Sevilla, listo para ayudarme a instalarme.

Cuando llegué con mis maletas y cajas, me recibió con un abrazo fuerte.

—Bienvenida a casa —susurró.

Sentí un nudo en la garganta.

Porque, aunque todavía no vivíamos juntos, aunque cada uno tenía su apartamento□

Sevilla ya se sentía como un hogar.

Porque él estaba allí.

Porque ahora todo era diferente.

Porque, por primera vez, no había una fecha de despedida.

Y eso lo cambiaba todo.

Capítulo 65 -
Nuestra nueva rutina en Sevilla

Instalarme en Sevilla fue un torbellino de emociones.

Por un lado, estaba la emoción de comenzar un nuevo capítulo en mi vida, mi negocio, mi independencia, mis planes finalmente haciéndose realidad.

Por otro lado□ estaba él.

Saber que Alberto estaba a solo unos minutos de mí, que ya no había despedidas, que ahora podíamos vernos cuando quisiéramos□

Era raro pero increíble al mismo tiempo.

Y, aunque cada uno tenía su propio apartamento, las excusas para vernos nunca faltaban.

«Voy al gimnasio, ¿quieres venir?»

«Tengo guardia hoy, pero podemos vernos mañana.»

«¿Qué tal si cenamos juntos esta noche?»

Lo que antes era complicado por la distancia, ahora se sentía natural.

Y, poco a poco, fuimos construyendo una nueva rutina juntos.

Sin prisas.

Sin presiones.

Pero con la certeza de que ya no había un «hasta pronto» cada vez que nos veíamos.

Capítulo 66 -
Mi sueño se hace realidad

Mientras nuestra relación avanzaba, mi negocio también tomaba forma.

Después de meses de planificación, búsqueda de local y preparación, finalmente llegó el día de la inauguración.

Era un pequeño pero acogedor salón de belleza, donde podía combinar todo lo que me apasionaba: maquillaje profesional, estilismo y cuidado personal.

Y, aunque me moría de nervios, sabía que era el comienzo de algo grande.

Lo que no esperaba era que Alberto apareciera el día de la inauguración antes de que abriera las puertas.

—¿No tienes que trabajar? —pregunté, sorprendida al verlo en la puerta con dos cafés en la mano.

—Sí, pero tenía que venir primero.

Me extendió uno de los cafés y me miró con una sonrisa.

—Estoy orgulloso de ti.

Boom.

Mi corazón se derritió en el acto.

Porque de todas las cosas que podría haber dicho, esas palabras significaban más de lo que él imaginaba.

Porque siempre había sido yo quien luchaba por mis sueños sola.

Pero ahora…

Ahora tenía a alguien que creía en mí tanto como yo misma lo hacía.

Y eso lo hacía aún más especial.

Capítulo 67 -
«Parece que Sevilla siempre fue nuestro destino»

Después de la inauguración, fuimos a cenar para celebrar.

Nos sentamos en una terraza con vista al Guadalquivir, disfrutando del aire fresco de la noche sevillana.

Alberto tomó un sorbo de su copa y me miró con esa expresión tranquila suya.

—Si lo piensas bien… —dijo—. Parece que Sevilla siempre fue nuestro destino.

Sonreí, apoyando la barbilla en mi mano.

—¿Lo dices por casualidad o por el destino conspirando a nuestro favor?

Él se inclinó un poco hacia mí, con una sonrisa juguetona.

—Lo digo porque, aunque hayamos tomado caminos distintos□ de alguna manera, siempre íbamos a terminar aquí.

Mi pecho se llenó de emoción.

Porque sabía que tenía razón.

Porque, aunque todo había sido inesperado, aunque el destino nos había puesto a prueba una y otra vez□

Sevilla no solo era el lugar donde ahora vivíamos.

Era el lugar donde finalmente nos habíamos encontrado de verdad.

Y, aunque todavía teníamos mucho camino por recorrer juntos□

Sabíamos que ahora, sin importar lo que pasara, íbamos a caminarlo lado a lado.

Capítulo 68 -
Aprendiendo
a estar juntos sin distancia

Vivir en la misma ciudad lo cambiaba todo.

Ya no había que esperar semanas para vernos.

Ya no había despedidas en estaciones de tren.

Ya no había cuentas regresivas para el próximo encuentro.

Ahora, nos teníamos cerca todos los días.

Pero eso no significaba que todo fuera perfecto.

Porque aprender a estar juntos sin distancia de por medio también era un reto.

Antes, cada encuentro era especial porque el tiempo era limitado.

Ahora, teníamos que acostumbrarnos a vernos cuando queríamos, pero también cuando podíamos.

Yo tenía mi negocio, que apenas estaba despegando y me absorbía muchas horas del día.

Él tenía su trabajo en el parque de bomberos, con horarios irregulares y guardias que a veces lo dejaban exhausto.

Y, aunque queríamos estar juntos todo el tiempo, también sabíamos que debíamos respetar los espacios del otro.

Así que, poco a poco, fuimos encontrando nuestro propio equilibrio.

Algunos días cenábamos juntos.

Otros, nos veíamos solo un rato antes de dormir.

Y había días en los que simplemente hablábamos por teléfono, porque cada uno tenía sus propias responsabilidades.

No era perfecto.

Pero era real.

Y eso era lo que más me gustaba.

Porque, por primera vez, nuestra relación no dependía de la emoción de los reencuentros, sino de la certeza de que estábamos construyendo algo sólido, poco a poco, día a día.

Capítulo 69 -
Pequeños detalles que lo cambiaban todo

A pesar de que cada uno tenía su propio apartamento, la línea entre «tu casa» y «mi casa» empezó a desdibujarse.

Porque él tenía ropa en mi armario.

Porque yo tenía mi cepillo de dientes en su baño.

Porque, muchas noches, cuando terminaba tarde en el salón, él aparecía con cena sin que yo se lo pidiera.

—No quiero que te alimentes solo de café y galletas —dijo una noche, dejándome una bolsa de comida en la mesa.

—Podría sobrevivir así perfectamente —bromeé.

Alberto levantó una ceja.

—No en mi guardia.

Solté una carcajada, pero en el fondo□

Me encantaba que hiciera esas cosas.

Porque no eran grandes gestos.

No eran declaraciones románticas ni promesas de película.

Eran pequeñas cosas del día a día que demostraban cuánto le importaba.

Y eso valía más que cualquier otra cosa.

Capítulo 70 -
Nuestro primer viaje juntos como pareja

Un día, mientras tomábamos café en una terraza, Alberto sacó el tema de forma casual.

—Llevamos meses en Sevilla, cada uno con su vida, sus horarios… creo que nos merecemos un descanso.

Levanté la vista de mi taza.

—¿Un descanso?

—Sí. Un viaje. Solo tú y yo.

Parpadeé.

—¿Hablas de□ nuestras famosas escapadas que terminan en situaciones inesperadas?

Él sonrió, divertido.

—Exacto. Pero esta vez… planeadas.

Fruncí el ceño con escepticismo.

—¿Tú y yo planeando algo? No sé si eso es buena idea.

—Tienes razón. Lo mejor será improvisar sobre la marcha.

Reí.

Porque, aunque cada viaje con él había sido un caos en el mejor sentido, no cambiaría ninguno de esos momentos.

Así que asentí.

—Vale, hagámoslo.

Y, sin darnos cuenta, acabábamos de dar un nuevo paso en nuestra historia.

Un viaje juntos, esta vez no como amigos que no sabían qué sentían, sino como una pareja que ya no tenía miedo de admitirlo.

Capítulo 71 -
Nuestro primer viaje como pareja

La emoción del viaje se sentía en el aire.

Ya habíamos viajado juntos antes.

Pero nunca como pareja.

Antes, cada escapada estaba cargada de tensión, de dudas, de indirectas que ninguno de los dos se atrevía a decir en voz alta.

Ahora…

Ahora ya no había dudas.

Ya no había miedos.

Solo éramos nosotros.

Cuando subimos al coche y pusimos la música, Alberto me miró de reojo con una sonrisa.

—¿Lista para la aventura?

Sonreí de vuelta.

—Siempre.

Y entonces, arrancamos.

Sin planes.

Sin ruta exacta.

Solo con la certeza de que, cualquier lugar al que fuéramos, sería especial porque estábamos juntos.

Capítulo 72 -
Risas, complicidad y un lugar inesperado

El viaje fue exactamente como imaginé:

Risas.

Bromas.

Conversaciones profundas.

Y, por supuesto, momentos en los que mi torpeza hizo acto de presencia.

Como cuando paramos en un mirador para hacer fotos y, en mi intento de tomar «la mejor selfie», una ráfaga de aire me empujó hacia atrás con tanta fuerza que tropecé con una roca a la altura de mis tobillos y caí patas arriba, con el móvil volando por los aires. Alberto salió disparado hacia mí, alarmado:

—¡Dios mío, Esther! ¿Estás bien?

Desde el suelo, con la dignidad por los suelos pero la creatividad intacta, solté:

—Sí, sí☐ Es que quería tomar una foto al cielo desde un ángulo especial.

Alberto me miró incrédulo por un segundo y luego estalló en carcajadas mientras me tendía la mano para ayudarme a levantar.

—Definitivamente, contigo los viajes siempre son una aventura —dijo entre risas, sacudiendo la tierra de mi chaqueta.

Solté una risa y me aferré a su brazo, apoyando la cabeza en su hombro.

Porque, aunque a veces pareciera que mi torpeza era un peligro público☐

Siempre podía contar con él para atraparme o ayudarme a levantarme.

Literalmente.

Después de varias horas de carretera, decidimos parar en un pequeño pueblo con casas blancas y calles empedradas.

No estaba en el plan.

Pero nos miramos y supimos que teníamos que quedarnos allí al menos una noche.

Porque ese sitio tenía algo especial.

Y, aunque aún no lo sabíamos□

Ese lugar se convertiría en otro de nuestros recuerdos más importantes.

Capítulo 73 -
Un atardecer, una confesión y una promesa

Esa tarde, después de instalarnos en una pequeña posada, decidimos salir a caminar.

Subimos a un cerro desde donde se veía todo el pueblo.

El sol empezaba a ocultarse, tiñendo el cielo de colores cálidos.

El aire era fresco.

La vista, impresionante.

Pero lo único que me importaba en ese momento□

Era él.

Alberto estaba de pie, con las manos en los bolsillos, mirando el horizonte con una expresión tranquila.

Y entonces, sin pensarlo demasiado, solté:

—Creo que este es uno de mis lugares favoritos.

Él se giró lentamente hacia mí.

—¿Sí?

Asentí.

—Sí. Pero no solo por el sitio.

Se quedó mirándome.

—¿Por qué entonces?

Respiré hondo.

Y finalmente, lo dije en voz alta.

—Porque cada lugar que descubro contigo… se vuelve especial.

Silencio.

Pero no un silencio incómodo.

Era uno de esos silencios donde las palabras no hacen falta, porque todo se dice con una mirada.

Alberto sonrió suavemente y se acercó un paso.

—Entonces□ hagamos que este también sea nuestro lugar.

Mi pecho se llenó de emoción.

—¿Cómo hicimos con el otro?

—Exacto.

Se inclinó un poco más, hasta que nuestros labios estuvieron a centímetros de distancia.

—Pase lo que pase, este sitio también será nuestro.

Y entonces, me besó.

Un beso que no era solo una muestra de cariño.

Era una promesa silenciosa.

Un recordatorio de que, sin importar a dónde nos llevara la vida□

Siempre habría lugares que nos pertenecerían solo a nosotros.

Porque los habíamos encontrado juntos.

Capítulo 74 -
Más que un viaje, un nuevo comienzo

Después de aquel atardecer y nuestra promesa silenciosa, algo cambió entre nosotros.

No era un cambio drástico.

No era algo que pudiera explicarse con palabras.

Pero lo sentíamos.

Porque ahora sabíamos que esto era más que solo una relación.

Era un viaje juntos en todos los sentidos.

Esa noche, cenamos en un pequeño restaurante del pueblo, bajo la luz tenue de unas farolas antiguas.

La comida era deliciosa.

La conversación, ligera y sin prisas.

Pero en el aire flotaba una sensación que ninguno de los dos decía en voz alta.

Esto no era solo un viaje cualquiera.

Esto era el principio de algo más grande.

Y, aunque aún no sabíamos exactamente qué significaba□

No teníamos miedo de descubrirlo juntos.

Capítulo 75 -
Momentos que no olvidaremos

Los días siguientes fueron un cúmulo de momentos que se quedarían grabados en nuestra memoria para siempre.

→ Caminatas por calles empedradas, donde él sujetaba mi mano como si no quisiera soltarla nunca.

→ Risas en un mercado local, donde terminamos probando dulces típicos y apostando quién aguantaba más tiempo sin hacer una mueca con los sabores extraños.

→ Una visita a un viñedo, donde el guía nos miró con complicidad y nos dijo: «Las parejas que visitan este lugar siempre vuelven». (Alberto y yo nos miramos y sonreímos, sin decir nada… pero ambos sabíamos que, si el destino quería que volviéramos, lo haríamos).

→ , por supuesto, mi inevitable torpeza.

Como cuando intenté sacar una foto en el puente del pueblo, no vi un escalón y…

Sí.

Alberto tuvo que atraparme otra vez.

—¿Cuántas veces voy a salvarte en este viaje? —dijo con una carcajada.

—No lo sé□ Pero es parte del paquete.

Él sonrió y me rodeó con un brazo.

—Menos mal que me gusta el paquete.

Boom.

Mi corazón se derritió en el acto.

Porque él no solo aceptaba mis torpezas, sino que las quería tal y como eran.

Y eso…

Eso era lo más bonito de todo.

--

Capítulo 76 -
El regreso y una nueva promesa

Cuando llegó el día de volver a Sevilla, no sentíamos que el viaje se terminaba.

Porque, esta vez, no había despedidas en estaciones de tren.

No había un «te veo en unas semanas».

Ahora, volvíamos juntos a la misma ciudad.

Ahora, compartíamos más que un viaje: compartíamos una vida.

Mientras conducíamos de regreso, Alberto entrelazó su mano con la mía sobre la palanca de cambios y dijo:

—Tenemos que hacer esto más seguido.

Sonreí, mirándolo.

—¿Viajar o hacer promesas en lugares aleatorios?

—Ambas cosas.

Reí y apreté su mano.

—Hecho.

Porque sabíamos que, sin importar dónde nos llevara la vida□

Siempre encontraríamos un lugar nuevo que convertir en nuestro.

Juntos.

Capítulo 77 -
Volver a la rutina, pero juntos

Después de nuestro viaje, volver a Sevilla no se sintió como regresar a la rutina.

Porque esta vez, ya no era la misma rutina de antes.

Ya no era solo yo con mi negocio y él con su trabajo.

Ahora, éramos nosotros.

Los días pasaron con fluidez.

Alberto volvía a sus guardias, sus entrenamientos y su ritmo de vida en el parque de bomberos.

Yo seguía enfocada en mi negocio, que empezaba a despegar cada vez más.

Pero, sin importar qué tan ocupados estuviéramos, siempre había un espacio en nuestro día para el otro.

A veces era un mensaje rápido.

A veces, una cena improvisada.

Otras, simplemente aparecer en la casa del otro con un café y una sonrisa.

Y aunque la emoción del viaje aún estaba fresca en nuestra memoria, lo más bonito de todo era esto:

Saber que no teníamos que esperar una escapada para disfrutar de estar juntos.

Porque ahora, formábamos parte de la vida del otro de manera natural.

Capítulo 78 -
Un cambio inesperado

Una noche, después de un día agotador en mi negocio, Alberto me sorprendió apareciendo con cena para llevar.

—¿Cómo sabías que no tenía energía para cocinar? —pregunté, dejándome caer en el sofá mientras él servía la comida.

—Porque te conozco —respondió con una sonrisa.

Me recosté contra él, disfrutando del momento, hasta que soltó algo que me hizo abrir los ojos de golpe.

—En el parque están reorganizando los turnos.

Me incorporé un poco, mirándolo.

—¿Eso significa que□?

—Que puede que mis horarios cambien.

Sentí un nudo en el estómago.

Porque, aunque ya estábamos en la misma ciudad, su trabajo seguía siendo un factor que influía en nuestra relación.

—¿Para mejor o peor? —pregunté, intentando mantener la calma.

Alberto me miró y sonrió.

—Para mejor.

Suspiré aliviada.

—¿Menos guardias?

—Sí, y más estabilidad en los días libres.

Mi corazón dio un vuelco.

Porque eso significaba más tiempo juntos.

No es que la cantidad de tiempo fuera lo más importante□

Pero sí significaba que, poco a poco, íbamos construyendo algo con más estabilidad.

Y eso…

Eso me hizo más feliz de lo que quería admitir.

Capítulo 79 -
Una pregunta que cambia todo

Los meses siguieron pasando, y nuestra relación solo se hacía más fuerte.

Las cenas espontáneas se convirtieron en costumbre.

Las noches en su casa o en la mía se hicieron más frecuentes.

Y, sin darnos cuenta, pasábamos más tiempo juntos que separados.

Hasta que, una noche, mientras estábamos viendo una película en su sofá, Alberto dijo algo que me dejó sin palabras.

—¿Has pensado en que algún día vivamos juntos?

Mi cerebro colapsó.

Porque sí lo había pensado.

Pero nunca imaginé que él lo soltaría tan de repente.

Me giré para mirarlo, buscando su expresión.

No tenía prisa en sus ojos.

No parecía estar presionándome.

Solo era una pregunta sincera.

Respiré hondo antes de responder.

—Sí, lo he pensado.

Él sonrió levemente.

—No te estoy diciendo que lo hagamos ahora… solo que me gusta la idea.

Sentí mi corazón latir más rápido.

Porque a mí también me gustaba la idea.

No para ahora.

No con prisas.

Pero sí para cuando los dos estuviéramos listos para dar ese paso juntos.

Así que simplemente sonreí y apoyé mi cabeza en su hombro.

—Cuando llegue el momento, lo sabremos.

Y, por primera vez, me di cuenta de que nuestro futuro juntos ya no era una pregunta incierta.

Era solo cuestión de esperar el momento adecuado.

Capítulo 80 -
Una sensación extraña

Las semanas siguieron pasando, y todo parecía ir bien.

Demasiado bien.

Casi… demasiado perfecto.

Alberto y yo estábamos más unidos que nunca.

Nuestras rutinas se complementaban sin esfuerzo.

Los días que podíamos vernos eran especiales, pero sin la presión de antes.

Era como si, finalmente, todo estuviera en su lugar.

Pero, en el fondo, había algo que no terminaba de encajar.

No lo podía explicar.

Era una sensación extraña.

Como cuando sientes que algo está a punto de cambiar, pero no sabes exactamente qué.

O como cuando tienes miedo de que, cuando todo va demasiado bien, algo tenga que salir mal.

No lo mencioné.

No quería sonar paranoica.

Pero□ había algo en la forma en que Alberto me miraba últimamente que me hacía pensar que estaba ocultándome algo.

No era que hubiera cambiado su actitud conmigo.

Seguía siendo el mismo.

Pero, a veces, cuando creía que yo no lo veía, su mirada tenía un matiz distinto.

Como si hubiera algo en su cabeza que no se atrevía a decirme.

Y, aunque intenté ignorarlo□

No podía sacudirme la sensación de que algo estaba a punto de pasar.

Capítulo 81 -
Algo no está bien

Al día siguiente, mientras estábamos en su casa, noté que estaba más pensativo de lo normal.

Habíamos estado hablando de todo y de nada, riendo, cenando, disfrutando de nuestra compañía.

Pero, de repente, se quedó en silencio.

Su expresión cambió.

No de una manera evidente, pero lo suficiente para que yo lo notara.

—¿Todo bien? —pregunté, dejando mi copa sobre la mesa.

Alberto me miró y sonrió, pero no fue una sonrisa normal.

Fue… forzada.

—Sí, todo bien —dijo con naturalidad.

Pero no me convenció.

Porque conocía demasiado bien sus sonrisas, y esa no era una real.

—¿Seguro? —insistí.

Él soltó un suspiro y desvió la mirada.

—Solo estoy cansado.

Algo en su tono me dijo que no era verdad.

Pero no quise presionarlo.

Tal vez solo había tenido un mal día en el trabajo.

Tal vez no era nada.

Pero…

¿Y si sí lo era?

Capítulo 82 -
Una despedida
que no parecía una despedida

Alberto seguía actuando con normalidad.

Salvo por esos pequeños momentos en los que su mirada se perdía en algún pensamiento que no compartía conmigo.

Hasta que, una tarde, mientras hablábamos de nuestros planes para el fin de semana, me dijo algo que me dejó helada.

—No sé si podré verte estos días —soltó de repente.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

—Tengo algunas cosas que resolver.

—¿En el trabajo?

—Sí. Y otras cosas.

Su respuesta fue vaga.

Demasiado vaga.

Intenté no darle demasiada importancia.

Pero cuando se acercó, me abrazó con más fuerza de lo normal.

Cuando me besó, fue más lento, más profundo, como si estuviera grabándose el momento en la memoria.

Y cuando me susurró un «Nos vemos pronto, ¿vale?»□

Por primera vez en todo el tiempo que lo conocía, no sentí seguridad en sus palabras.

Como si, en el fondo…

Ni siquiera él estuviera seguro de eso.

Capítulo 83 -
Desaparecido

Pasaron los días.

No volví a saber de él.

Los mensajes que solía enviarme, aunque fuera solo para preguntar cómo estaba, dejaron de llegar.

Las llamadas que antes eran parte de nuestra rutina… se convirtieron en un silencio absoluto.

Al principio, pensé que solo estaba ocupado.

Que tal vez las cosas en el parque de bomberos lo estaban absorbiendo más de lo normal.

Pero conforme pasaban los días sin noticias suyas, el miedo empezó a instalarse en mi pecho.

Le escribí.

«¿Todo bien?»

Ninguna respuesta.

«Alberto, dime algo.»

Nada.

Lo llamé.

Primero una vez.

Luego dos.

Luego tres.

Hasta que, finalmente…

Su número dejó de estar disponible.

Y ahí fue cuando supe que esto no era normal.

Esto no era solo un malentendido.

Esto no era solo un momento de desconexión.

Alberto había desaparecido.

Sin una explicación.

Sin una despedida.

Sin dejar rastro.

Y, por más que intenté encontrar respuestas□

Lo único que encontré fue silencio.

Capítulo 84 -
Buscándolo en todas partes

El silencio se volvió insoportable.

Los días pasaban, y Alberto seguía sin dar señales de vida.

Al principio, intenté racionalizarlo.

«Tal vez se fue de viaje.»

«Tal vez perdió el móvil.»

«Tal vez solo necesita espacio.»

Pero con cada día que pasaba sin respuesta, esas excusas empezaban a derrumbarse.

Así que hice lo único que podía hacer: buscarlo.

Llamé a algunos de sus amigos, pero nadie sabía nada.

—No hemos hablado desde hace días —me dijeron algunos.

Otros ni siquiera respondieron.

Fui hasta su apartamento.

Toqué la puerta.

Nada.

Esperé.

Nada.

Al final, la certeza me golpeó como un puñetazo en el pecho:

Se había ido.

Y lo peor de todo…

Lo había hecho sin decirme una sola palabra.

Capítulo 85 -
La desesperación de no saber nada

Las semanas pasaron.

La rutina continuó.

El mundo siguió girando.

Pero yo…

Yo no podía seguir adelante.

Porque, cada vez que miraba mi teléfono, esperaba ver su nombre en la pantalla.

Porque, cada vez que escuchaba su risa en mi memoria, me preguntaba si algún día volvería a oírla de verdad.

Porque, cada vez que cerraba los ojos, me preguntaba qué había pasado con él.

¿Estaba bien?

¿Le había pasado algo?

¿Se había ido por voluntad propia?

¿O alguien lo había obligado a desaparecer?

Las preguntas me carcomían.

Y lo peor era que no tenía ninguna respuesta.

Solo un vacío inmenso donde antes había estado él.

Capítulo 86 -
Un año sin Alberto

El tiempo pasó.

Los días se convirtieron en semanas.

Las semanas, en meses.

Los meses, en un año.

Un año sin saber de él.

Un año sin escuchar su voz.

Un año sin respuestas.

La gente me decía que lo olvidara.

«Si se fue así, es porque no valía la pena.»

«Tienes que seguir adelante.»

«Tal vez nunca sabrás la razón.»

Pero, ¿cómo se olvida a alguien que te prometió que estaría contigo pase lo que pase?

¿Cómo se sigue adelante sin cerrar un capítulo que quedó inconcluso?

Intenté enterrarlo.

Intenté convencerme de que no valía la pena seguir buscando.

Pero la verdad era que nunca dejé de esperarlo.

Porque, en el fondo…

Sabía que en algún lugar del mundo, él también seguía pensando en mí.

Solo que no sabía por qué no podía volver.

Y eso era lo que más me dolía.

Capítulo 87 -
De vuelta a Córdoba, pero sin olvidar

Con el tiempo, Sevilla dejó de ser mi hogar.

No porque no me gustara la ciudad.

No porque mi negocio no funcionara.

Sino porque, después de su desaparición, todo en Sevilla me recordaba a él.

Las calles por las que caminábamos.

Los restaurantes donde habíamos cenado.

Nuestro lugar junto al río.

Todo.

Así que, cuando surgió la oportunidad de expandir mi negocio y abrir otro salón en Córdoba, no lo dudé.

Sabía que, si quería seguir adelante, necesitaba distancia.

Así que me fui.

Y Sevilla se convirtió en un lugar al que solo volvía cuando era estrictamente necesario.

Para reuniones.

Para ver a algunas amigas.

Para atender a clientas importantes.

Pero nunca para recordar.

Nunca para buscarlo.

Porque, aunque nunca encontré respuestas□

Había aprendido a vivir sin ellas.

O, al menos, eso creía.

Capítulo 88 -
Un presentimiento extraño

Aquella tarde, volvía de Sevilla a Córdoba después de un viaje de trabajo.

Era una ruta que ya conocía de memoria.

Kilómetros de carretera.

Paisajes familiares.

Pero, justo cuando pasaba cerca de uno de nuestros lugares, el que habíamos prometido que siempre sería nuestro□

Algo cambió.

Mi corazón se aceleró sin razón aparente.

Un escalofrío me recorrió la piel.

Era una sensación extraña.

Como si algo o alguien me llamara.

Frené el coche en el arcén, sin saber bien por qué.

Respiré hondo.

Miré a mi alrededor.

Y entonces, sin pensarlo demasiado, giré el volante y tomé el desvío hacia nuestro lugar.

No tenía sentido.

Pero algo dentro de mí me decía que tenía que ir.

Capítulo 89 -
La silueta en la colina

Subí el camino con pasos cautelosos.

El viento soplaba con fuerza.

El cielo estaba nublado, con esos tonos grises y dorados que anuncian el final de la tarde.

Cuando llegué a la cima, el tiempo pareció detenerse.

Porque, justo allí□

De pie, mirando al horizonte…

Había una silueta.

Al principio, mi mente se negó a creerlo.

No podía ser él.

No podía ser Alberto.

Pero, en el fondo, sabía que lo era.

Porque mi cuerpo lo reconoció antes que mi mente.

Porque mi corazón, que llevaba un año roto, volvió a latir con fuerza.

Me quedé paralizada.

No podía hablar.

No podía moverme.

Solo podía mirarlo, mientras el viento agitaba su ropa y su postura parecía la de alguien que llevaba demasiado tiempo esperando algo.

O a alguien.

Y entonces, como si hubiera sentido mi presencia…

Alberto se giró lentamente.

Y en el momento en que nuestras miradas se encontraron…

Supe que mi vida nunca volvería a ser la misma.

Capítulo 90 -
Ojos que lo dicen todo

Nos miramos.

Solo eso.

Pero fue suficiente para derrumbarme por dentro.

Porque no era solo el hecho de que estaba allí, de que realmente era él después de tanto tiempo.

Era su mirada.

Esa mirada azul, la misma que me había hecho perder el equilibrio tantas veces□

Pero ahora, diferente.

Vacía.

Cansada.

Culpable.

Me dolió más de lo que imaginé.

Porque yo había pasado más de un año preguntándome dónde estaba, qué había pasado, por qué me había dejado sin explicaciones.

Pero en ese momento, al verlo allí de pie, me di cuenta de que él tampoco había estado bien.

De que fuera lo que fuera lo que lo hizo desaparecer□ no había salido ileso.

Y eso me enfureció más.

Porque si había sufrido, ¿por qué no me buscó antes?

¿Por qué me dejó con todas las preguntas y ningún cierre?

El silencio era insoportable.

Él dio un paso hacia mí.

Pero yo di un paso atrás.

No podía permitirle acercarse.

No aún.

No sin respuestas.

—Dime algo —susurré, con la voz más firme que pude reunir.

Alberto cerró los ojos un momento, como si le doliera lo que estaba por decir.

Y entonces, en un susurro, soltó las palabras que me helaron la sangre.

—No sé si debería haber vuelto.

Capítulo 91 -
La verdad enterrada

Su respuesta fue un puñal en el pecho.

Lo miré, intentando procesar sus palabras.

Porque no eran las que esperaba.

No me dijo «lo siento», ni «te he extrañado», ni «déjame explicarte».

Me dijo que no sabía si debía haber vuelto.

Y eso…

Eso dolió más que su desaparición.

—¿Eso es todo? —pregunté, con un nudo en la garganta.

Él bajó la mirada.

—No.

Esperé.

Esperé como había esperado durante más de un año.

Pero el silencio entre nosotros se hizo eterno.

—Entonces dímelo —exigí, cruzando los brazos—. Dime por qué me dejaste. Dime por qué desapareciste. Dime por qué□

Me detuve.

Porque mi voz tembló.

Porque mi cuerpo tembló.

Porque, después de tanto tiempo, por fin estaba cara a cara con la única persona que podía responderme.

Y, al mismo tiempo, moría de miedo de escuchar la verdad.

Alberto alzó la vista, su mandíbula tensa.

—No puedo.

Y ahí lo supe.

Aún no me lo iba a decir.

Aún no estaba listo.

Aún había algo demasiado oscuro o demasiado doloroso que lo frenaba.

Pero si él pensaba que podía desaparecer y volver sin más□

Se equivocaba.

Capítulo 92 -
No voy a esperar más

Las lágrimas ardían en mis ojos.

Pero no iba a llorar.

No delante de él.

No después de todo lo que me había hecho pasar.

No sin pelear por la verdad.

Respiré hondo y le sostuve la mirada.

—Si no me lo dices ahora, no me busques nunca más.

Vi cómo su rostro se endureció.

Cómo sus puños se apretaron.

Cómo su pecho subía y bajaba, como si estuviera debatiéndose entre contármelo todo o volver a desaparecer.

Pero ya no iba a esperarlo.

No otra vez.

Así que giré sobre mis talones y empecé a caminar hacia el coche.

Pero cuando di el primer paso…

Su voz me detuvo.

—Esther.

Mi cuerpo entero se tensó.

Porque dijo mi nombre de una forma que me rompió.

Como si, después de tanto tiempo, finalmente estuviera listo para decirme lo que tanto había callado.

Como si, por fin, fuera a darme la verdad que merecía.

Capítulo 93 -
«Nunca dejé de pensar en ti»

Su confesión seguía flotando en el aire.

Era demasiado.

Era tarde.

Era injusto.

Pero, al mismo tiempo…

Era lo único que había esperado escuchar durante todo este tiempo.

Alberto me miró, con los ojos llenos de arrepentimiento.

—Si hubiera podido, te habría llamado.

Mi mandíbula se tensó.

—Pero no lo hiciste.

—Porque no tenía cómo.

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

Suspiró, pasándose una mano por el pelo, con frustración.

—Cuando me fui, perdí todo acceso a mi vida aquí. No podía llevar mi móvil. No podía comunicarme con nadie.

Mi respiración se cortó.

—¿Estás diciendo que□?

—No tenía tu número. No tenía nada.

Sus palabras me golpearon como una ola.

Porque eso significaba que no fue porque no quiso contactarme.

Sino porque no podía.

—Pero eso no cambia el hecho de que…

—Nunca dejé de pensar en ti.

Boom.

Mi cuerpo entero se tensó.

Su voz no tembló.

No había dudas en su mirada.

—Cada día, cada maldito día que pasó, te tuve en mi cabeza.

El aire entre nosotros se volvió más pesado.

—Intenté seguir adelante —continuó—. Pero cada noche cerraba los ojos y me preguntaba si tú también estabas pensando en mí.

Mis labios se separaron, pero no supe qué decir.

Porque eso era lo que yo también había sentido.

Porque, sin importar cuánto intenté olvidarlo, siempre estuvo ahí.

Siempre.

Capítulo 94 -
«Dímelo mirándome a los ojos»

Mi corazón latía con fuerza.

Esto era demasiado.

Demasiada verdad, demasiado rápido.

Y mi instinto me gritó que hiciera lo que había aprendido a hacer en el último año: irme.

Así que di un paso atrás.

Me giré.

Pero antes de que pudiera alejarme, sentí su mano sujetando la mía.

Me detuve en seco.

—No te vayas —susurró.

El tono de su voz me paralizó.

Era una súplica.

Era desesperación.

Era todo lo que nunca había escuchado de él antes.

Cerré los ojos, intentando ignorar la sensación de su piel contra la mía.

Intentando ignorar que, a pesar de todo, aún lo sentía como mío.

—Déjame ir, Alberto.

Pero él, en lugar de soltarme, me giró suavemente hacia él.

Cuando abrí los ojos, me encontré con los suyos.

Esos ojos que me habían perseguido en sueños.

Esos ojos que, a pesar del tiempo, aún me hacían sentir todo.

—Dímelo —murmuró.

Mi garganta se secó.

—¿Decirte qué?

—Dímelo mirándome a los ojos.

Tragué saliva.

—Alberto…

—Dime que ya no me quieres.

Mi respiración se detuvo.

—Dímelo y te dejaré ir.

Su agarre en mi mano no era fuerte.

No me retenía a la fuerza.

Me retenía con su voz.

Con su mirada.

Con el hecho de que sabíamos que lo que sentíamos seguía ahí.

—Dime que todo se ha acabado —susurró, inclinándose apenas un poco hacia mí—. Que lo que tuvimos ya no significa nada.

Mi corazón martilleaba contra mis costillas.

Porque podría haberlo dicho.

Podría haber mentido.

Podría haberle dado la despedida que nunca tuvimos.

Pero cuando abrí la boca para hacerlo…

No pude.

Porque no era verdad.

Y él lo sabía.

Vi cómo una pequeña sonrisa, casi nostálgica, se formó en sus labios.

—No puedes.

Mi cuerpo tembló.

Su otra mano se deslizó lentamente hasta mi rostro.

Y entonces, sin más, me besó.

Capítulo 95 -
El beso que lo cambió todo

El beso no fue como los de antes.

No fue apresurado.

No fue una explosión de desesperación o urgencia.

Fue lento.

Profundo.

Como si con cada roce de sus labios, intentara recuperar todo lo que habíamos perdido.

Como si intentara convencerme de que, a pesar del tiempo, seguíamos siendo nosotros.

Mis manos, que al principio habían quedado congeladas en el aire, encontraron su camino hasta su cuello.

Y cuando me di cuenta…

Me estaba aferrando a él como si tuviera miedo de que volviera a desaparecer.

Porque eso era lo que más miedo me daba.

Que esto fuera un instante fugaz.

Que esto no significara lo mismo para él que para mí.

Pero cuando nos separamos, con nuestras respiraciones mezclándose en el aire□

Cuando él apoyó su frente contra la mía y me susurró un «Nunca quise perderte»□

Supe que esto no había terminado.

Que nunca terminó.

Que, aunque intentamos negarlo, aunque el destino nos puso a prueba…

Seguíamos perteneciendo el uno al otro.

Capítulo 96 -
Una última promesa

Nos encontramos una noche en Sevilla, en la misma terraza junto al río donde habíamos hablado de vivir en la misma ciudad hace tiempo.

Era casi irónico estar allí otra vez,

después de todo lo que había pasado.

Nos sentamos en silencio, observando el agua moverse con calma bajo la luz de las farolas.

Y entonces, sin apartar la vista del río, Alberto habló.

—Sé que aún no confías en mí.

No respondí.

Porque era cierto.

Él respiró hondo.

—Pero si hay algo que sí quiero que creas□ es esto.

Giró el rostro hacia mí, y cuando lo miré,

vi la misma intensidad en sus ojos que había visto aquella primera vez,

cuando apenas éramos dos desconocidos jugando con el destino.

—No me voy a ir otra vez, Esther.

Mi pecho se encogió.

—No puedo prometerte que todo será fácil —continuó—. Pero sí puedo prometerte que, pase lo que pase□ esta vez no voy a huir.

Silencio.

Sentí un nudo en la garganta.

Porque quería creerle.

Porque una parte de mí ya lo hacía.

Pero entonces,

justo cuando iba a responder,

sonó su móvil.

Alberto lo sacó del bolsillo.

Miró la pantalla.

Y su expresión cambió.
Frunció el ceño.
Su mandíbula se tensó.
Y por primera vez en toda la conversación,
pareció preocupado.
—¿Todo bien? —pregunté, sintiendo un escalofrío en la espalda.
Él tragó saliva.
—Sí□ solo es…
Pero no terminó la frase.
Se levantó lentamente, sin dejar de mirar el teléfono.
Y ahí lo sentí.
Esa sensación en el pecho.
Ese miedo inexplicable.
Ese presentimiento de que algo estaba a punto de cambiar otra vez.
Alberto levantó la vista hacia mí, con una expresión que no supe descifrar.
Y entonces dijo, en un tono bajo, casi temeroso:
—Tengo que atender esto.
Y se alejó.
Sin más.
Dejándome sola en aquella mesa,
mirándolo desaparecer entre la gente,
con el mismo miedo de antes.
Porque aunque me había prometido que no volvería a irse□
Algo en mí me decía que esa promesa estaba a punto de romperse.

Capítulo 97 -
No voy a dejar que te vayas sin mí

Los minutos pasaron.

Y luego los minutos se convirtieron en media hora.

No sabía si llamarlo o si simplemente aceptar que, otra vez, me había quedado sola.

Pero entonces…

Lo vi regresar.

A paso rápido, con el ceño fruncido y los ojos buscándome con desesperación.

Cuando me encontró, soltó un suspiro de alivio, como si hubiera temido que ya no estuviera allí.

—Tengo que irme —dijo, sentándose frente a mí.

Sentí un nudo en la garganta.

—¿A dónde?

Él dudó por un segundo, pero luego se inclinó hacia mí y tomó mis manos.

—No puedo decírtelo aquí.

Mi cuerpo entero se tensó.

No.

No otra vez.

No iba a permitir que la historia se repitiera.

—Si te vas ahora —susurré—, esta vez no voy a esperarte.

Él apretó los labios, su respiración agitada.

—No quiero que me esperes.

Mi estómago se encogió.

—¿Entonces qué quieres?

Se quedó en silencio por un instante.

Pero entonces, con una determinación que me desarmó por completo, dijo lo impensable:

—Quiero que vengas conmigo.

Boom.

Mi corazón se detuvo.

—¿Qué?

Alberto sostuvo mi mirada con intensidad.

—No quiero volver a alejarme de ti. No quiero que pase lo mismo de antes. Pero no puedo quedarme.

Tragué saliva, intentando entender lo que me estaba pidiendo.

—Alberto…

—Sé que es una locura —dijo, con un atisbo de desesperación en su voz—. Pero si hay algo que aprendí en todo este tiempo es que no quiero una vida en la que no estés tú.

Las palabras se quedaron flotando en el aire.

Porque era una locura.

Porque no tenía sentido.

Porque ni siquiera sabía a dónde iba.

Pero lo que sí sabía era esto:

No quería perderlo otra vez.

No sin intentarlo.

Así que respiré hondo, me levanté de la mesa, y con el corazón latiéndome a mil por hora, dije la única respuesta posible:

—Vamos.

Los ojos de Alberto brillaron con algo que no había visto en mucho tiempo.

Y sin pensarlo dos veces, tomó mi mano y me llevó con él.

Sin mirar atrás.

Sin dudar.

Porque, esta vez, íbamos juntos.

Epílogo -
El comienzo de otra historia

No sé a dónde nos llevará esto.
No sé qué nos espera al otro lado de esta decisión impulsiva.
Lo único que sé es que, después de todo lo que hemos pasado,
después de tanto dolor, tanta distancia y tantos miedos…,
por primera vez en mucho tiempo, no tengo miedo de lo que viene.
Porque esta vez no lo estoy enfrentando sola.
Esta vez vamos juntos.
Y pase lo que pase, esa será nuestra verdadera historia.

Fin□ ¿O solo el comienzo de otra aventura?

Sobre
la autora

Esther García Quintero nació en Badajoz, se crio en Madrid y, como buena alma inquieta, acabó aterrizando en Andalucía, donde sigue escribiendo, sanando y riéndose de la vida (y de sí misma). Es escritora, creadora de contenido y experta en transformar vivencias intensas en palabras que abrazan.

Amor con alarma de incendios es su primera novela publicada. Inspirada en una historia real que nunca llegó a ser, Esther imaginó qué habría pasado si aquel «sí al café» hubiese ocurrido en otra vida paralela. Una historia imperfecta, honesta y viva, como las emociones que la inspiraron.

Porque a veces escribir también es sanar lo que no fue.

Enlace de Tik Tok: susurro.del.alma.44
Enlace de Instagram: susurro.del.alma.44

Índice

Dedicatoria 9
Capítulo 1 - El principio de todo 11
Capítulo 2 - Un número guardado en secreto 13
Capítulo 3 - Una conversación que no se apaga 15
Capítulo 4 - Un café que nunca llegó 17
Capítulo 5 - Entre libros y entrenamientos 19
Capítulo 6 - La pausa obligada 21
Capítulo 7 - Y si hubiera dicho que sí□ 23
Capítulo 8 - El café que nunca debió esperar tanto 25
Capítulo 9 - Un juego de miradas y palabras 27
Capítulo 10 - Un mensaje inesperado 29
Capítulo 11 - Café, gimnasio y una apuesta inesperada 31
Capítulo 12 - La peor idea de mi vida 33
Capítulo 13 - ¿Amigos o algo más? 35
Capítulo 14 - Un viaje, una prueba 37
Capítulo 15 - Señales confusas 39
Capítulo 16 - Dudas y un «¿por qué?» 41
Capítulo 17 - Lo que no se dice 43
Capítulo 18 - Un abrazo que no debió durar tanto 45
Capítulo 19 - ¿Por qué me miras así? 47
Capítulo 20 - Alberto está confundido y yo en crisis 49
Capítulo 21 - El punto de quiebre 51
Capítulo 22 - «Esto no es normal» 53
Capítulo 23 - Un beso que no debió pasar (pero pasó) 55
Capítulo 24 - Fingiendo que nada pasó (pero pasó) 57
Capítulo 25 - Pequeñas señales de que ya no somos solo amigos 59
Capítulo 26 - Un tropiezo con consecuencias
(y no hablo de heridas) 61

Capítulo 27 - ¿Y si dejamos de fingir? 63
Capítulo 28 - Dímelo 65
Capítulo 29 - No hay marcha atrás 67
Capítulo 30 - El momento en que él dejó de resistirse 69
Capítulo 31 - Y ahora, ¿qué somos? 71
Capítulo 32 - Complicidad (y un poco de nervios) 73
Capítulo 33 - Un viaje, una cabaña y una apuesta peligrosa 75
Capítulo 34 - La cabaña y la tentación 77
Capítulo 35 - La cabaña, una cama y un problema 79
Capítulo 36 - «Voy a morir congelada» 81
Capítulo 37 - Intentando dormir (fallando miserablemente) 83
Capítulo 38 - Lo inevitable 85
Capítulo 39 - La noche que lo cambió todo 87
Capítulo 40 - Su piel contra la mía 89
Capítulo 41 - La rendición absoluta 91
Capítulo 42 - La mañana después 93
Capítulo 43 - «Esto se va a complicar, ¿verdad?» 95
Capítulo 44 - La despedida antes de la despedida 97
Capítulo 45 - Nuestro lugar 99
Capítulo 46 - La despedida que ninguno quería 101
Capítulo 47 - Volver a la realidad 103
Capítulo 48 - Primeros días sin él 105
Capítulo 49 - «¿Cuándo nos vemos?» 107
Capítulo 50 - El reencuentro 109
Capítulo 51 - «Lo he pensado demasiado» 111
Capítulo 52 - Empezar algo real 113
Capítulo 53 - Despedidas difíciles 115
Capítulo 54 - Una relación entre kilómetros 117
Capítulo 55 - Planes que se cruzan 119
Capítulo 56 - Un giro inesperado 121
Capítulo 57 - Mi propio plan secreto 123

Capítulo 58 - Guardando mi secreto 125
Capítulo 59 - La distancia con fecha de caducidad 127
Capítulo 60 - Decidiendo mi futuro 129
Capítulo 61 - La confesión inesperada 131
Capítulo 62 - Decisiones y nuevos comienzos 133
Capítulo 63 - Sevilla: el comienzo de algo nuevo 135
Capítulo 64 - Llegando a nuestra nueva ciudad 137
Capítulo 65 - Nuestra nueva rutina en Sevilla 139
Capítulo 66 - Mi sueño se hace realidad 141
Capítulo 67 - «Parece que Sevilla siempre fue nuestro destino» 143
Capítulo 68 - Aprendiendo a estar juntos sin distancia 145
Capítulo 69 - Pequeños detalles que lo cambiaban todo 147
Capítulo 70 - Nuestro primer viaje juntos como pareja 149
Capítulo 71 - Nuestro primer viaje como pareja 151
Capítulo 72 - Risas, complicidad y un lugar inesperado 153
Capítulo 73 - Un atardecer, una confesión y una promesa 155
Capítulo 74 - Más que un viaje, un nuevo comienzo 157
Capítulo 75 - Momentos que no olvidaremos 159
Capítulo 76 - El regreso y una nueva promesa 161
Capítulo 77 - Volver a la rutina, pero juntos 163
Capítulo 78 - Un cambio inesperado 165
Capítulo 79 - Una pregunta que cambia todo 167
Capítulo 80 - Una sensación extraña 169
Capítulo 81 - Algo no está bien 171
Capítulo 82 - Una despedida que no parecía una despedida 173
Capítulo 83 - Desaparecido 175

Capítulo 84 - Buscándolo en todas partes 177
Capítulo 85 - La desesperación de no saber nada 179
Capítulo 86 - Un año sin Alberto 181
Capítulo 87 - De vuelta a Córdoba, pero sin olvidar 183
Capítulo 88 - Un presentimiento extraño 185
Capítulo 89 - La silueta en la colina 187
Capítulo 90 - Ojos que lo dicen todo 189
Capítulo 91 - La verdad enterrada 191
Capítulo 92 - No voy a esperar más 193
Capítulo 93 - «Nunca dejé de pensar en ti» 195
Capítulo 94 - «Dímelo mirándome a los ojos» 197
Capítulo 95 - El beso que lo cambió todo 199
Capítulo 96 - Una última promesa 201
Capítulo 97 - No voy a dejar que te vayas sin mí 203
Epílogo - El comienzo de otra historia 205
Sobre la autora 207